

PIE A TIERRA: POR LA DISTINCIÓN ENTRE LA PREHISTORIA Y LA ARQUEOLOGÍA

Ángel Esparza Arroyo*

RESUMEN.- En este artículo se retoma la cuestión, vieja pero irresuelta, de la diferencia entre Prehistoria y Arqueología, y se intenta definir las como dos ciencias según la fórmula tradicional, esto es, distinguiéndolas por su objeto material y especialmente por su objeto formal. Sin embargo, vista la incorrección filosófica de ese camino, el autor esboza luego la consideración de dos dominios, atendiendo a la especificidad de sus problemas respectivos. En la línea de L. S. Klejn, se propugna la necesaria separación de ambas disciplinas como premisa imprescindible para su pleno desarrollo.

ABSTRACT.- This paper takes up again the old but unresolved question of the distinction between Prehistory and Archaeology, and it attempts to define them as two separate sciences in accordance with the traditional criteria, that is to say, by means of their material object and, specially, their formal object. However, in view of the philosophical inadequacy of these criteria, the author proceeds to outline two separate scientific domains on the basis of the singularity of their specific problems. Following L. S. Klejn's view, the paper advocates the necessary separation of both disciplines as an indispensable premise for their full development.

PALABRAS CLAVE: Prehistoria, Arqueología, Epistemología.

KEY WORDS: Prehistory, Archaeology, Epistemology.

“Ningún físico profesional, por ejemplo, pierde más de cinco minutos con la pregunta: «¿Qué es la Física?», y si lo hace, entonces es porque o bien ya ha recibido el premio Nobel, o bien ya ha abandonado toda esperanza de obtenerlo alguna vez. Un físico que dedique una porción considerable de su actividad intelectual a la pregunta «¿Qué es la Física?», deja de ser para la gran mayoría de sus colegas un físico genuino, y se convierte en un filósofo, lo cual significa para los físicos: un renegado. Algo parecido ocurriría en cualquier otra especialidad científica” (Moulines 1991: 15).

Por más que en las páginas que siguen puedan mantenerse posiciones filosóficas —seguramente aquella “Filosofía Espontánea de los Científicos”, ideología que según decía Althusser elaboran los investigadores cuando su disciplina entra en crisis—, la pretensión del autor es bastante limitada: se trata esencialmente de añadir algunos elementos para un debate que no debe permanecer larvado; de unir la

voz a quienes la han alzado para reclamar una reflexión en profundidad acerca de la naturaleza, posibilidades y dificultades de nuestra ciencia, como paso imprescindible para hacerla más fecunda.

El tema conecta, además, con la que fue una de las preocupaciones intelectuales de Manuel Fernández-Miranda. En este terreno de “la teoría”, nos dejó también algunas contribuciones propias, pero sobre todo, dió estímulo y cauce, como solía, a las inquietudes de otros: ahí están las tesis doctorales que, bajo su dirección, realizaron M.^a I. Martínez Navarrete, A. Hernando o M. Díaz-Andreu, no exentas, como es lógico, de crítica hacia las posiciones teóricas del director; o el número monográfico de la *Revista de Occidente* que dirigió en febrero de 1988 y que constituyó un verdadero foro de debate, con el que los lectores españoles tuvieron la oportunidad de conocer puntos de vista bien recientes sobre la teoría y la praxis arqueológicas mediante la sugerente confrontación entre los puntos de vista de investigadores de muy diferentes tendencias; y, por último, cabría recordar las Jornadas que, con su decisivo impulso,

* Departamento de Prehistoria, H.^a Antigua y Arqueología. Universidad de Salamanca. C/Cervantes, s/n. 37007 Salamanca.

se celebraron en Soria en 1981: en ese marco arrancó el debate en cuya estela nos situamos.

1. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

A despecho de su larga tradición, que rebasa el siglo y medio, la Prehistoria viene arrastrando un problema no pequeño, el de su imprecisa definición, sobre todo en relación a la Arqueología. En efecto, en un recorrido exploratorio por la literatura científica donde debería haberse afrontado explícitamente el problema —tratados generales, manuales, etc.— salta rápidamente a la vista una situación que cabría calificar cuando menos de confusa¹: si hay una coincidencia universal en denominar Prehistoria a la edad primigenia, a la más antigua época que ha conocido la Humanidad, no la hay en absoluto a la hora de designar la ciencia que se ocupa específicamente de su estudio.

Yendo a lo esencial, podemos distinguir tres grupos en la bibliografía: sólo en uno de ellos dicha ciencia es denominada Prehistoria, incurriendo por lo demás en el equívoco, relacionado con su enraizamiento histórico², de utilizar este término con una doble acepción, temporal y disciplinar³. Por el contrario, en un segundo grupo, tal disciplina se denomina única y exclusivamente Arqueología Prehistórica⁴; y en el tercero se utilizan indistintamente ambos términos, que se van alternando en el texto⁵, en lo que parece un loable intento de animarlo, pero que supone una cierta contradicción, o al menos falta de coherencia⁶. Fácilmente se advierte que, tras lo que podría parecer una mera cuestión nominalista, se encierra una conclusión trascendental, la desaparición de la vieja disciplina, que quedaría reducida simplemente a una especialidad cronológica de la Arqueología.

Como era inevitable, tal conclusión ha sido formulada expresamente hace no muchos años, en concreto por un grupo de colegas catalanes (Estévez *et al.* 1984a, 1984b) quienes, apoyándose en un conocido pasaje escrito por Mme. Laming-Empeaire (1963: 5), han creído imprescindible acabar con la ambigüedad, proponiendo la liquidación de una pretendida ciencia que no puede existir “*porque carece de objeto y de fines*”⁷. Rompiendo con la vieja tradición, se reduce la Prehistoria a ser una mera fase cronológica, y se reclama para la Arqueología no ya el estudio, a través de los restos materiales, del comportamiento humano pasado y presente, sino el conocimiento del desarrollo histórico y sus leyes. Vienen así a coincidir en cierta medida con la concepción,

cada vez más extendida en el ámbito anglo-norteamericano, de una Arqueología que lo abarca todo, tanto en sentido “vertical” (arqueologías especializadas por épocas) como en el “horizontal” (especializaciones temáticas, por campos o esferas de la realidad).

Si la propuesta del grupo de la Universidad Autónoma de Barcelona no puede extrañar en sí misma, sorprende en cambio que la cuestión no haya sido más ampliamente debatida. Su formulación, debidamente argumentada⁸ y con publicidad, tanto en reuniones especializadas como en publicaciones de amplia difusión, ha provocado escasas réplicas (apenas Vicent 1985), por lo que se diría que, en el fondo, hay una aceptación tácita⁹ de la propuesta. Lo que choca es, insistimos, la falta de oposición a este cuestionamiento radical de la legitimidad de una ciencia que al menos en cuanto a terminología, producción bibliográfica, organización académica —tradición en una palabra— daba la impresión de estar plenamente consolidada. Aunque en otros países europeos la situación es algo diferente, también parece estar produciéndose esa silenciosa disolución de la Prehistoria en la Arqueología. En cambio, un pequeño número de investigadores mantienen la existencia de la Prehistoria, e incluso reclaman que se reoriente hacia una mayor independencia, y en esa línea va también nuestra contribución, que comenzará en el terreno epistemológico.

2. LA PERTINENCIA DEL DESLINDE: ¿PUEDEN TRAZARSE LÍMITES ENTRE CIENCIAS?

Un trabajo como el presente, que se propone trazar fronteras entre dos ciencias que lleva(ba)n largo tiempo caminando juntas, debe acometer ineludiblemente como cuestión previa, la viabilidad de su objetivo, toda vez que una respuesta negativa supondría lógicamente el final del recorrido. Por decirlo sin rodeos: la distinción que se plantea, ¿no será un pseudoproblema?

Desde luego, en algunos textos de conocidos filósofos de la ciencia podrían encontrarse respuestas poco alentadoras para el propósito inicial. Así, Mario Bunge (1973: 41) ha señalado que “*los trazados de límites entre disciplinas contiguas son siempre algo nebulosos y de escasa utilidad*”; y este mismo autor, fijándose en lo que hacen psicólogos por un lado, neurofisiólogos por otro, etc., se ha preguntado en otra ocasión por qué han de conservarse lo que son productos de una división del trabajo (Bunge 1982: 35). La tentación de suscribir una conclusión seme-

jante se vería reforzada al repasar la opinión de K. Popper: “No hay disciplinas; no hay ramas del saber o, más bien, de la investigación: sólo hay problemas, y el impulso de resolverlos. Una ciencia tal como la botánica o la química (o, digamos, la fisicoquímica o la electroquímica) es, sostengo, una mera unidad administrativa” (Popper 1983: 45). Y añade: “las disciplinas y otras divisiones del saber son ficticias y muy engañosas, por muy convenientes que sean como unidades administrativas” (*Ibid.*: 198). Tan contundente posición suscitó, claro, otra duda: ¿no habrá en este trabajo un propósito inconsciente de legitimar la propia dedicación profesional del autor, su ‘área de conocimiento’, etc.?

Difícilmente osaríamos discutir a fondo la posición de Popper, tarea que compete a los especialistas¹⁰; sin embargo, no podemos dejar de manifestar que, tomada al pie de la letra, nos conduciría a la parálisis. Intuimos, acaso con poca hondura filosófica, que las diversas ciencias realizan cortes artificiales en una realidad unitaria, es verdad; pero también advertimos que, al menos durante largo tiempo, es imprescindible la compartimentación, sin la cual no hay avance científico: sin compartimentos como anatomía, fisiología, histología, etc., estaríamos todavía en manos de barberos sangradores...

Pero, por otra parte, no puede soslayarse tampoco la existencia de otras posiciones filosóficas que, aceptando una unidad de la ciencia en cuanto a sus rasgos esenciales, distan mucho de admitir el reduccionismo que constituyó una de las características del positivismo lógico y cuya validez ha sido radicalmente cuestionada, por ejemplo, por Fodor (1974), por Agassi¹¹ o por G. Bueno, autor este último que, frente a la idea de una *mathesis universalis*, ha defendido reiteradamente la tesis de la *República de las ciencias* (Bueno 1982: 111, 152, etc.). Sin detenernos en el hecho de que el propio Bunge (1973: 38, 1985: 24-31) asume en la práctica la pluralidad de ciencias fácticas o particulares, nos haremos eco de las autorizadas voces de especialistas como Thuillier (1972), que se ha manifestado contra el carácter arbitrario y estéril de las epistemologías hipercríticas que niegan la especificidad de las ciencias. Especialmente conocida es la crítica del enfoque reduccionista hecha por Suppes, quien no concede muchas posibilidades ni a la reducción del lenguaje, ni a la del objeto de estudio ni a la del propio método, argumentando en favor de la divergencia entre ciencias¹². Por último, mencionar cómo incluso los especialistas que en los últimos tiempos han ido desarrollando propuestas de índole interdisciplinar están lejos de propugnar la desaparición de las disciplinas particulares, a las que reconocen su carácter de marco esencial para el ejer-

cicio del pensamiento y la investigación sistemática (Bottomore 1982: 19). En este sentido, es significativo que Smirnof, uno de los teóricos que trabaja en la fundamentación ontológica y epistemológica del enfoque interdisciplinario conciba éste como intercambio y desarrollo mutuo de las diversas disciplinas, incluida cada una de las nuevas que nacen del propio intercambio (Smirnof 1982: 54). Como señala Barrio (1992: 60), “La interdisciplinariedad sólo se puede plantear desde la diferenciación, desde el conocimiento suficiente de cada ciencia y mediante un planteamiento de confrontación dialéctica, y no desde la fusión niveladora que desnaturaliza la propia entidad de los componentes que pretende integrar”.

3. ¿EXISTEN TODAVÍA LAS DOS CIENCIAS A DESLINDAR?

De todas formas, aún partiendo de la tesis de la multiplicidad de ciencias, queda pendiente otra cuestión, la de si subsiste *todavía* nuestro problema... o si, por el contrario, se ha esfumado, dentro del proceso de *desenvolvimiento científico*. El “imperialismo” de la Arqueología y la falta de respuesta desde la Prehistoria, ¿no estarán indicando que estamos ante un simple caso, totalmente normal, de asimilación de una ciencia hasta ahora independiente por otra más dinámica, vanguardista, etc.? Al fin y al cabo, como escribe Toulmin (1972: 187), “...nuestro éxito en integrar los conceptos y procedimientos explicativos de campos vecinos a menudo nos permite dismantelar las barreras entre ramas de la ciencia —y aun ciencias enteras— que antes eran consideradas separada e independientemente”. Y nada grave sucede porque una ciencia se vea reducida a ser un capítulo de otra: como bien ha señalado Bunge (1982: 35), “si la óptica se transforma en un capítulo del electromagnetismo [...] no por eso se empobrece, al contrario, se enriquece más nuestra comprensión de la óptica”. Otro físico teórico, Feinberg (1985: 285-287), se ha referido con cierto detalle a la desaparición de antiguas ciencias, que se produce por aplicar a una ciencia los métodos de otra, o, en otros casos, por introducir en una disciplina un modo de explicación novedoso. Así pues, admitimos sin reparo alguno que algo de esto puede haberse producido en nuestro caso, donde, en definitiva, habrá que preguntarse si no sería conveniente recurrir a la controvertida noción kuhniana de ‘pérdida de paradigma’. Así lo ha hecho recientemente C. Olaria (1991: 121-122), quien, tras considerar que “...la Prehistoria como entidad académica historicista desaparece para dar paso al renovador concepto de Arqueología co-

mo ciencia social", pone en la cúspide a la Arqueología, "una disciplina con personalidad y metodología científica propia frente al caduco paradigma de la Prehistoria"¹³. Pero, como es lógico, antes de aceptar que realmente se ha producido tal desaparición, antes de levantar el acta de defunción, conviene examinar el caso con cuidado, no vaya a tratarse de una muerte aparente, de una liquidación efectuada de un plumazo, pero sólo sobre el papel: no hace falta recordar que ahí está todavía la Psicología, un siglo después de que Comte decretase su desaparición por considerar que su objeto se repartía entre Biología y Sociología...

La aplicación de las ideas de Kuhn a la Arqueología [prehistórica] conoció un intento bien temprano (Sterud 1973), en el que parecía haber encontrado confirmación, lo que fue facilitado sin duda por su carácter de aproximación muy general. Si, en cambio, se efectúa un trabajo de mayor calado, las conclusiones difieren (Bietti y Bietti Sestieri 1985) e incluso apuntan exactamente en dirección contraria (Curti 1985). Sobre todo, el minucioso análisis hecho por Prescott (1994) de toda la investigación que, acerca de la Edad del Bronce, se ha venido realizando en Noruega en el último siglo y medio, concluye la inexistencia de revoluciones, de pérdidas de paradigma, etc. Bien es verdad que el problema podría estar, no tanto en la materia estudiada o en la profundidad del análisis cuanto en el propio modelo de Kuhn¹⁴, y en tal sentido debe reseñarse que Estany (1993) ha propuesto que, más allá de la incorrección de tal modelo, la *Nueva Arqueología* sí habría significado una auténtica revolución¹⁵.

También Vicent (1984 y 1982), que retomó el trabajo de Sterud, y hasta asumió un punto central de su argumentación —la importancia de la "Revolución Tecnológica", y sobre todo, de la datación radiocarbónica, en la evolución disciplinar—, señaló el carácter inadecuado del modelo interpretativo kuhniano, haciéndose eco de las críticas de Toulmin y Stegmüller. Bajo la influencia de éste, Vicent elabora una compleja sistematización, de la que ahora sólo viene al caso su explicación de cómo se ha transformado la Prehistoria en Arqueología Prehistórica. Aquí podríamos tener la clave del fenómeno que Olaria considera como cosa hecha, por lo que nos detendremos un momento.

En la evolución de la Prehistoria distingue Vicent varios ciclos, comenzando por el Positivismo Clásico, que ocupa la mayor parte de la historia de la disciplina. La "Revolución Tecnológica" desencadenará una crisis a la que se responde de tres formas (ya que coexisten en el tiempo, quizá sería mejor llamarlas corrientes y no ciclos) que denomina Refor-

mismo Pragmático, Anticientifismo y Cientifismo. En la caracterización de todos los episodios hay un diagnóstico coincidente: existe una fuerte contradicción que produce la transformación de la Prehistoria en Arqueología Prehistórica. Así, en el primer ciclo, la contradicción se produce entre el carácter de ciencia natural con que nació la Prehistoria y su objetivo, claramente histórico, y se resuelve con la desaparición de la Prehistoria en una Arqueología Prehistórica Positivista (Vicent 1982: 23). Con el Reformismo Pragmático se vuelve a producir la contradicción entre fines y medios: La Prehistoria necesita conocer también aspectos inmateriales de la conducta, para lo que debería recurrir a la introducción de presuposiciones directamente inverificables... o bien renunciar a tales pretensiones, limitándose a ser una "mera" —aunque muy rigurosa— Arqueología Prehistórica Descriptiva; el Anticientifismo, en cambio, irá por el otro camino, el de la especulación ilimitada (*Ibid.*: 33). Finalmente, la corriente Cientifista (*Ibid.*: 44-45) se quedará también en situación de bloqueo, y algunos investigadores concluirán la inviabilidad formal de la Prehistoria. En esta situación, la posible salida apuntada por Vicent es que se formule una verdadera teoría de la Prehistoria, que él planteará como Ciencia de la Cultura (*Ibid.*: 49-50; Vicent 1985: 66)¹⁶.

¿Será entonces cierto que, a consecuencia del propio proceso de desarrollo científico ha desaparecido ya la Prehistoria, como sostienen Vicent y Olaria, por disolución en otra disciplina? Si la respuesta fuese positiva, aquí terminaría este artículo, dado que ya no habría nada que delimitar. Pero, como puede suponerse, en mi opinión, coincidente con la de algunos otros investigadores, como luego se verá, no se ha producido tal desaparición, sino una mixtura, un híbrido, o —adelantando la terminología de Klejn— *un centauro*. Dicho más rudamente: La Prehistoria no ha desaparecido, víctima de pretendidos cambios de paradigma o de contradicciones internas, sino que subsiste, confusa, y casi confundida con la Arqueología Prehistórica.

Ello se debe a una serie de elementos, a añadir a los considerados por Vicent o Martínez Navarrete (1990): comenzando por el menos importante, el fuerte peso de las fuentes arqueológicas en la investigación, especialmente paleolítica, que ha supuesto el olvido, o casi, de la existencia de otras igualmente necesarias. En segundo lugar, la ingenua concepción, compartida durante más de un siglo por todos los investigadores que trabajaban con restos arqueológicos, de que es factible una interpretación directamente histórica a partir de tales vestigios: la síntesis histórica, el "reconstruir el pasado humano, sus

acontecimientos históricos y modos de vida, tan fielmente como sea posible" que decía Jacquetta Hawkes (1968: 11), no necesitaba métodos especiales; era algo desprendido de forma "natural" a partir de los restos arqueológicos, que "hablaban por sí mismos". En tercer lugar, y muy relacionado con el anterior, el nivel de desarrollo teórico. Durante largo tiempo las preocupaciones se han centrado en las técnicas de prospección, excavación, datación, tipología... abandonándose cuestiones trascendentales, como las relativas a las culturas arqueológicas (u otras unidades equivalentes). Dando por supuesto que tras éstas existían pueblos, etnias, etc... se pasaba de inmediato a la problemática histórica. Finalmente, todos esos aspectos podrían encerrarse en uno: en la raíz de los males de la Prehistoria está —por paradójico que pueda sonar— su alejamiento de la Historia. Incluso en la mayoría de las instituciones universitarias del Viejo Mundo, su presencia en el ámbito de los estudios históricos ha sido de carácter más bien físico, sin una integración a fondo en la investigación histórica, y en su constante progreso. Dejando a un lado a los prehistoriadores formados en el ámbito de la Geología, *centrándonos en la tradición predominante*, los prehistoriadores recibían durante la larga etapa positivista una formación básica análoga a la de los historiadores de la época o, lo que es lo mismo, una reducida formación en metodología propiamente histórica. Si la historia se hacía a base de "tijeras y cola", como compilación de hechos mediante cuya sucesión se iba recomponiendo pacientemente, eslabón a eslabón, el pasado, la Prehistoria se hacía de la misma forma: tras la fase propiamente arqueológica, de campo y de gabinete, se procedía a la síntesis histórica, fuertemente teñida por una argumentación cronológico-causal, por la frecuente utilización (no explícita) del principio *post hoc, ergo propter hoc*. Era, como corresponde a la época, una Prehistoria enfocada a reconstruir el pasado *wie es eigentlich gewesen*; con el agravante de ser, normalmente, bastante menos crítica que la Historia. Porque la formación metodológica quedaba reservada normalmente para los últimos momentos de la carrera, pero sobre todo se hacía en el propio proceso de la investigación doctoral, etc.; por ello, quienes se orientaban hacia el terreno de la Prehistoria y la Arqueología, frecuentemente quedaban al margen de la formación en métodos de tratamiento y crítica de las fuentes escritas. Es más, incluso había —hasta hace bien poco tiempo— un convencimiento ingenuo en el carácter mucho más objetivo de las fuentes arqueológicas (consideradas no intencionales, sin cabida para la manipulación; e incluso menos parciales, ya que nos sitúan ante la realidad más elemental, ante personajes hu-

mildes, actividades cotidianas, etc.). Si, laboriosamente, la Historia ha ido progresando —baste citar lo que significaron las aportaciones de Bloch y Febvre, de la escuela de *Annales*, o de los historiadores marxistas franceses y británicos... sobre todo en cuanto a sus reflexiones teóricas acerca de los hechos históricos, de la "construcción" de éstos, de la relación entre las diversas partes y la totalidad histórica, del auténtico carácter ontológico y gnoseológico del 'pasado', de la representatividad de las fuentes, el acercamiento a las ciencias sociales, el problema de la verdad, etc.—, de toda esta discusión apenas ha habido impacto en la Prehistoria¹⁷ o incluso se ha producido el menos positivo, la introducción de ciertos ingredientes colligwoodianos.

Como consecuencia de todo ese proceso, la 'Prehistoria realmente existente' ha venido oscilando entre dos polos principales, el de una seguridad ingenua y el de la retirada a los cuarteles de invierno descriptivos. La primera tendencia se caracterizaría por aquella actitud antes aludida, confiada en exceso en un supuesto carácter independiente, objetivo y explícito de la documentación arqueológica. Heredera de la *Historia positivista*, ha cifrado sus esperanzas en la acumulación de los datos que proporciona la Arqueología: la multiplicación de excavaciones de yacimientos de habitación y funerarios, realizada con el debido rigor y medios, va produciendo la información necesaria acerca de los diversos aspectos (ambientales, demográficos, económicos, sociales, ideológicos, etc.) de las sociedades prehistóricas, y de la que se desprende, sin una metodología explícita, la reconstrucción histórica, generándose sucesivamente nuevos trabajos de 'síntesis'. La otra tendencia partiría en cambio de una actitud dubitativa ante la indefinición histórica del material arqueológico, o, incluso, de la premisa de que no hay ninguna correspondencia entre las entidades arqueológicas y las de tipo étnico, lingüístico, político, etc.¹⁸; en cualquier caso, se autolimita el objetivo de la investigación a la caracterización tipológica, cronológica, de áreas estilísticas, etc., por juzgarse resbaladizo el terreno de la inferencia histórica, en el que apenas se esbozan algunas consideraciones, de suerte que estos trabajos suelen ser explotados más bien en las síntesis antes aludidas.

Deslumbrada por los avances tecnológicos, que impulsaban espectacularmente la Arqueología Prehistórica, la Prehistoria ha mantenido un bajo nivel teórico, rehuyendo la polémica: si frente a la Nueva Arqueología se produjeron reacciones durísimas por parte de investigadores de la talla de Waterbolk (1974) o Bayard (1983), no sabemos, en cambio, que se haya dado respuesta a Clarke (1968: 13) cuan-

do afirma que la reconstrucción histórica es solo un aspecto marginal, “estéticamente satisfactorio”, pero “coyuntural y peligroso”, o a Binford, que afirmaba que el papel de la interpretación histórica no es otro que la “educación general del público” (cit. in Trigger 1989: 294), por lo que no es de extrañar que la Prehistoria se encuentre hoy en la situación de debilidad que hace comprensible las propuestas de liquidación.

Partiendo, pues, de la premisa según la cual nuestra disciplina existe, aunque en un momento crucial, pasamos ya a tratar de deslindar con precisión Prehistoria y Arqueología.

4. LA DEFINICIÓN DE AMBAS CIENCIAS POR SU OBJETO

En uno de los libros, ya clásicos, en los que los físicos comenzaron a ejercer gran influencia metodológica, Reichenbach sugería que, a la hora de delimitar ciencias, había que fijarse inicialmente en la diversidad de sus objetos, mientras que en aquellas situaciones en que la distinción de los objetos no fuese posible, se debería tener en cuenta la diferencia de métodos¹⁹. En nuestro caso concreto, sin embargo, este camino alternativo es todavía de poca utilidad, dado que el problema de fondo que nos ocupa es precisamente el de si existe una metodología de la Prehistoria que no se reduzca a ser exclusivamente arqueológica. Lo equívoco de la situación obliga a redoblar el esfuerzo epistemológico en el otro sentido, afinando al máximo en la confrontación estrictamente objetual.

Desde posiciones filosóficas tradicionales, al abordar un problema como el que aquí se plantea, tras un primer momento dedicado a la definición nominal-etimológica, se pasaría a la definición real, es decir, a plantear cuáles son los *objetos material* y *formal*, con especial hincapié en este último: como quiera que dos o más ciencias pueden tener un objeto material idéntico o casi, se hace necesario, para especificarlas completamente, señalar su objeto formal (De Alejandro 1969: 4-5). Porque, como escribe Van Steenberghe (1947: 92) “la distinción clásica de objeto material y objeto formal proviene del hecho de que un objeto cualquiera de conocimiento humano se presta casi siempre a ser estudiado en órdenes diversos: es necesario, pues, precisar el punto de partida, la “forma” bajo la cual se pretende estudiar el objeto”.

A buen seguro algún lector objetará de inmediato el carácter anticuado de ese enfoque dualista

recién presentado, sobre todo si recuerda su presencia en el mismísimo Tomás de Aquino (*Sum. Theol.*, I, quaest. LIX, a 3, ad 2)²⁰. Sin embargo, si realizamos un repaso “inductivo” en obras por completo distantes de la mencionada escuela filosófica, hallamos muy a menudo una posición coincidente en la práctica con la anterior. Así, al definir la Etnología, M. Mauss (1967: 7), distinguía entre *fin* —la observación de las sociedades— y *but*, consistente en el conocimiento de los hechos sociales. A propósito de la Sociología se ha señalado que tiene el mismo ‘punto de partida’ que otras ciencias sociales, distinguiéndose unas y otras por el ‘punto de vista’ y el énfasis que cada una de ellas hace en diferentes aspectos (Giner 1969: 10), es decir, por su ‘campo concreto’ (Merrill 1961: 10). Ya Mannheim (1953: 261) al discutir las relaciones entre Psicología y Sociología, había señalado que, tratando el mismo ‘material’, adoptan un ‘punto de vista’ diferente. También a propósito del objeto de la Sociología, L. Apostel, uno de los impulsores de las actuales corrientes interdisciplinarias se refiere a ‘fenómenos’ comunes a distintas ciencias, las cuales tienen en cambio su propio ‘interés específico’ (Apostel 1982: 119-120). Para referirse a lo que singulariza a las diversas ciencias que se interesan por el sistema nervioso, Sepherd (1983: 3-4), habla de ‘esferas de interés’ o ‘vías de enfoque’. Kuhn (1977: 151-185), tratando de dos disciplinas que comparten sus fuentes, como son Historia de la Ciencia y Filosofía de la Ciencia, insiste en que ambas tienen ‘metas’ bien diferentes; y Moulines (1991: 70-71) ha dicho de esas mismas disciplinas “rivales”, que tienen «más o menos» el mismo ‘objeto de estudio’, pero lo investigan desde ‘perspectivas’ distintas. Finalmente, entre los investigadores marxistas franceses, recordamos que Balibar (1973: 37) menciona un *objet de connaissance*, que correspondería a la apropiación mediante la teoría, de un *objet matériel*; por su parte, P. Vilar (1980: 43) distingue la ‘materia’ de la Historia —la misma que la de la Sociología: hechos sociales— y su ‘objeto’, la dinámica de las sociedades humanas, terminología coincidente con la utilizada por M. Godelier (1965: 32 y 91), quien contraponía en la Antropología Económica *matière* —la información de partida— frente a *objet o tache ultime*.

Parece bastante práctico, en suma, tomar como punto de partida todas estas formas de encarar el problema, que coinciden en el señalamiento de dos “planos” al considerar las ciencias átomos y en aceptar que la distinción entre dos de ellas requiere, como mínimo, que el más elevado de ambos planos —llámese objeto formal, o bien punto de vista, interés específico, enfoque, etc.— sea diferente en ambas. Éste

parece ser el *quid* de la existencia autónoma de una ciencia. De este modo, puede entenderse que existe una base teórica suficiente para acometer el deslinde entre las dos disciplinas que nos ocupan: por más que *ambas parezcan idénticas, ese camino en el que nos han precedido tantos y tan diversos investigadores nos lleva rápidamente a suponer que podemos estar ante dos ciencias que, versando sobre un mismo objeto material, difieren en cuanto a su objeto formal.*

Centrándonos ya en la Prehistoria y la Arqueología, la aplicación de criterios epistemológicos a su delimitación ha sido realizada hace solamente unos pocos años²¹ por J. M. Vicent, en un artículo no muy difundido, en el que va a utilizar los conceptos de 'objeto formal' y 'objeto teórico': el primero designa "un sector perfectamente delimitado de la realidad fenoménica", mientras que el segundo haría referencia a la concepción en el límite del objeto formal, esto es, a la finalidad última o sentido de la actividad cognoscitiva (Vicent 1985: 62-63). Vicent propone que Arqueología y Prehistoria son dos ciencias netamente distintas, pero con una relación muy especial: el objeto teórico de la primera es el objeto formal de la segunda (*Ibid.*: 71-72, n.16)²². Así, la Arqueología es concebida como una "sistemática de la cultura material", mientras que la Prehistoria, que trabaja sobre la base del registro arqueológico, debe entenderse como *Ciencia Teórica de la Cultura (en sentido antropológico)* (*Ibid.*: 66-67).

Esta proposición no ha tenido demasiado éxito, seguramente porque el enfoque antropológico de la Prehistoria, en la línea del primer Dunnell (1971), no podía ser digerido fácilmente por los investigadores españoles²³. En esta actitud negativa cabe reconocer un elemento subjetivo, el fuerte arraigo del enfoque histórico tradicional, pero también una notoria dificultad objetiva: frente a la pretensión de hacer de la Prehistoria una Teoría General de la Cultura, es obligado convenir con G. Bueno (1987: 204-205) que tal cosa no podría estar ni siquiera al alcance de la Antropología Cultural²⁴, ya que existen importantísimas estructuras culturales, como las que estudian los lingüistas, economistas o teólogos, que caen fuera de su alcance.

Matizando su carácter excesivamente antropológico, la propuesta de Vicent fue retocada pocos años más tarde por V. Fernández Martínez (1989). Para este autor, Arqueología y Prehistoria tendrían el mismo objeto formal pero diferente objeto teórico: ambas estudian los restos materiales, pero mientras que "la primera se encarga de su recuperación y análisis (clasificación, tipología, etc.), corresponde a la segunda la labor de interpretación y síntesis... la reconstrucción de los acontecimientos en un senti-

do histórico o antropológico" (*Ibid.*: 11). Este nuevo planteamiento resulta más lógico que el anterior, ya que el de Vicent suponía un cruce no bien perfilado de los objetos entre ambas ciencias, mientras la de V. Fernández parece encajar mucho mejor con la diferenciación, habitual epistemológicamente, por el más "elevado" de los dos planos. De esta suerte, y volviendo a utilizar puntos de referencia exteriores, diríamos que Arqueología y Prehistoria vienen a ilustrar la misma situación que, por ejemplo en el terreno lingüístico, se da entre dos ciencias vecinas como Fonética y Fonología que, si bien coinciden ocupándose de los sonidos, son netamente distintas al diferir en el segundo nivel²⁵.

Con todo, la propuesta de V. Fernández no resulta por completo convincente, pues fácilmente se advierte que incluso en el primer nivel ya no puede hablarse de identidad estricta, dado que los restos prehistóricos no son sino una parte de la totalidad de los restos arqueológicos; pero sobre todo, porque aunque se comparta sin reserva alguna la necesidad de una antropologización de la Historia también nos parece excesivo el conceder que la Prehistoria pueda consistir en una reconstrucción antropológica²⁶. Muchos encontrarán discutible, además, el reparto de papeles entre las dos ciencias: si la concepción tradicional, que veía a la Arqueología como una ciencia analítica dedicada a suministrar información a la Prehistoria sintética (Fernández-Miranda 1984: 18), conllevaba para la Arqueología la etiqueta de "auxiliar", la definición de V. Fernández hurta en la herida al reducir las misiones de la Arqueología a niveles previos a la interpretación, y el propio autor admite que de aquí suele desprenderse una menor consideración intelectual (Fernández Martínez 1989: 11).

Creemos, por todo ello, que debería hacerse una diferenciación todavía más matizada entre Arqueología y Prehistoria. Así, utilizando la terminología más clásica, esbozamos las siguientes definiciones:

- La Arqueología tiene por objeto material el Registro Arqueológico, y por objeto formal la Sistemática del mismo. Se interesa, pues, por todo tipo de *Restos*²⁷, aislados, pero sobre todo estructurados en contextos arqueológicos, y pretende, mediante su recuperación, análisis, clasificación y estudio, establecer los procesos de todo tipo (genéticos, postdeposicionales, etc.) que se hallan implicados, no para obtener una imagen instantánea, —en el sentido de "pompeyana", o de "animación suspendida"— sino para alcanzar en última instancia la conducta social que los produjo o con la que se hallaban relacionados.

- La Prehistoria, por su parte, difiere de la

Arqueología ya desde el objeto material: el suyo propio son los restos prehistóricos *una vez sometidos a elaboración arqueológica previa*, más la correspondiente *Tradición*²⁸, así como los hechos que, establecidos por otras ciencias, sean históricamente relevantes. En cuanto a su objetivo formal, sería, parafraseando a P. Vilar, la dinámica de las sociedades prehistóricas.

Se trata, en definitiva, de dos disciplinas bien distintas: la Arqueología, aunque deba recibir problemas, inspiraciones y convalidación de la Historia o de la Antropología, etc., no es de carácter histórico ni antropológico... sino de carácter arqueológico, aparente pero grullada a la que se refería Clarke (1968: 13) en una frase ya célebre: "*archaeology, is archaeology, is archaeology*". Es una disciplina básica, una *ciencia de fundamentos*, imprescindible para que otras puedan comenzar su tarea. Así, los vestigios, sólo después de ser sometidos a tratamiento arqueológico, podrán servir de "materia prima" para varias ciencias, y no únicamente para la Historia o la Antropología. Por el momento²⁹, se puede señalar su carácter de ciencia indispensable (no auxiliar, sino básica): a) Para la Antropología: cualquier prehistoriador, esté o no en la línea de la *New Archaeology*, considerará absolutamente legítimo que haya antropólogos que realicen investigaciones de naturaleza arqueológica orientadas a la búsqueda de las 'leyes de la conducta humana', del 'Proceso cultural', etc. b) Para la Historia, más concretamente, para la Prehistoria, la H.^a de la Antigüedad, la H.^a Medieval, etc. c) Para la Paleontología, especialmente la Paleontología Humana; y d) como trágica novedad, para la Antropología Forense³⁰.

Por lo que hace a la Prehistoria, nuestra posición no difiere de la tradicional³¹, y sobre todo de las formulaciones expresadas por autores como Kurnatowski (1975: 128) —la Prehistoria debe construirse, fundamentalmente a base de los restos de la actividad humana, tras una elaboración específicamente arqueológica, y con la información proporcionada también por otras ciencias— o Klejn (1980: 264), quien considera "*la prehistoria y la historia como ciencias que mediante la integración de los datos de la arqueología, de la etnología, del estudio de las fuentes escritas y de otras ciencias, reconstruyen el pasado y revelan ligazón causal de los hechos históricos*". Pero con esta definición formalizada tratamos de recalcar su neta diferencia con la Arqueología. En efecto, el objeto material de la Prehistoria no es únicamente más reducido que el de aquélla por lo limitado de su parcela temporal... sino que su naturaleza es muy otra: aunque habitualmente se diga que la Prehistoria trabaja con restos materiales, debería de-

cirse, como hace ya tiempo apuntase Lebedev³², que trabaja con una nueva fuente o registro, consistente en un conjunto de documentos, tanto textos escritos como gráficos (dibujos, planos, tablas tipológicas, diagramas, etc.), en los que han destilado los hechos *(pre)históricos* resultantes del tratamiento arqueológico de los vestigios materiales³³. Dicho de otra forma, la Prehistoria se hace, no con Restos, sino con el *discurso arqueológico*.

Es importante recalcar la necesidad de contar, además, con otras ciencias: si recientemente Klejn (1993a: 344) retaba a estudiar el Paleolítico más antiguo sólo con la Arqueología Prehistórica, sin la Antropología, la Primatología, etc., de igual forma podemos preguntarnos qué podría saberse acerca de una cuestión *(pre)históricamente* tan importante como la de los orígenes del lenguaje humano, sólo con la evidencia arqueológica, sin contar con la contribución de la Neurología, la Biología Evolucionista o la Psicolingüística.

Finalmente, un par de comentarios referentes a su objeto formal. En primer lugar, que en este punto la Prehistoria coincide plenamente con la Historia, de la que será siempre una parcela especialísima; la diferencia, por supuesto, no es ontológica, —no cabe tal cosa entre el presente y el pasado, el pasado histórico y el prehistórico—, sino de carácter gnoseológico: el tipo de *verdad* que, por contar con documentación escrita, puede alcanzarse en el resto de la Historia³⁴, nos está vedado en Prehistoria, que inexorablemente quedará situada en el mismo terreno que la Paleontología. De aquí se sigue el que no compartamos la posición, tantas veces expresada por arqueólogos y prehistoriadores, acerca de la escasa trascendencia de la aparición de la escritura. Ésta supone una revolución, no en la vida de las comunidades donde se fue produciendo, sino en cuanto al tipo de conocimiento que posibilita. En segundo lugar, con esa presentación del objeto formal que no se refiere al "pasado", como se hacía tradicionalmente, queremos subrayar el alineamiento de nuestra disciplina con una Historia que hoy se entiende, según sintetizaba Percira (1978: 46), como "*ciencia que trata de las sociedades humanas, del cambio, y, sobre todo, de la lógica del cambio*".

Las definiciones esbozadas no deben implicar la posterioridad del trabajo de la Prehistoria con respecto a la Arqueología. Ésto parece inevitable dada la habitual coincidencia en una misma persona del arqueólogo y el prehistoriador, a la que se referían Daniel o Rouse, pero tal cosa podría cambiar en función de progresivas exigencias de especialización. En cualquier caso, lo que parece imprescindible es un trabajo de carácter interdisciplinar, en el que el

prehistoriador debe asumir un papel fundamental, en la definición del problema de investigación, en el estímulo de las diversas ciencias implicadas, encauzándolas hacia el propósito último, y en la realización de la síntesis de los datos de diferente índole (*vid.* Kolpakov 1993: 113-114).

5. OTRAS POSIBILIDADES DE DISTINCIÓN

Llegado este punto, y frente a la seguridad que parecía proporcionar la delimitación por el objeto formal, se impone un paso atrás: al fin y al cabo, todo ello se basa, por decirlo en palabras de un autor que se vio en una situación parecida, “*en el principio no enunciado de que cada ciencia ha de tener su finalidad propia o que el objetivo de cada ciencia radica en la parte del «territorio» en la cual reina «soberanamente», principio sobre cuya justeza deberían pronunciarse los especialistas de la ciencia*” (Kula 1950: 50).

Y, en efecto, tal principio no es, ni mucho menos, indiscutible. Por ejemplo, desde la Teoría del Cierre Categorial³⁵ elaborada por la ‘Escuela de Oviedo’ nucleada en torno a G. Bueno, resulta un despropósito tratar de presentar un objeto material o formal para delimitar, en torno a él, el ámbito de una ciencia: según la TCC, las ciencias no pueden definirse por su pretendido objeto formal, sencillamente porque tal objeto no está dado exteriormente, sino constituido por la propia actividad científica. Lo que las ciencias tienen es un *campo*, es decir múltiples *términos* enclasados (cosas, personas, instituciones, etc.), interconectados por *relaciones* entre las distintas clases y sobre los cuales unas *operaciones* definidas generan otros términos que pertenecen también a la clase de partida, al propio campo. Si se consigue establecer un sistema circular de concatenaciones, es decir de construcción de nuevos términos y de proposiciones que expresan verdades, se cierra el campo, pudiéndose afirmar entonces que existe una categoría científica distinta. Dicho de otra forma, si hay *cierre categorial*, existe una ciencia, cuya independencia no procede de la tradición, o de convenciones entre investigadores, o de decisiones administrativas o pedagógicas, sino que tiene un fundamento gnoseológico.

Con la TCC, en definitiva, se pretende, desde el terreno de la Gnoseología, discriminar eficazmente entre unas ciencias y otras; parece, pues, ofrecer garantías para dar una respuesta **concluyente** al problema que nos ocupa. Pero, como es obvio, la aplicación de esta perspectiva a la Arqueología y la

Prehistoria exige un estudio altamente especializado —ya se han realizado varias tesis doctorales aplicándola a la psicología, la gramática generativa, la antropología, etc.— y no una mera incursión hecha desde nuestro terreno sin la competencia filosófica que se precisa al efecto.

Por mi parte, me he atrevido apenas a explorar la posibilidad de aplicar la TCC, que en el análisis de cualquier ciencia distingue tres ejes, sintáctico, semántico y pragmático. Del tercero de ellos se prescinde, por ser el menos dificultoso, ya que hace referencia a las normas, a los aspectos organizativos, etc. En cambio, parece interesante esbozar los otros dos. Desde la perspectiva sintáctica, cabría señalar en primer lugar los *términos* fisicalistas de la Arqueología: son los artefactos, los estratos, las tumbas, los esqueletos, los monumentos, los coprolitos; en segundo, lugar, las *relaciones*: en nuestro caso, son muy claras las estratigráficas (A corta a B; la tumba X está excavada en los niveles 6 y 7, etc.); finalmente, las *operaciones*: efectuamos “aproximaciones” o “separaciones” de los términos implicados, mediante diversos procesos analíticos y sintéticos.

En el eje semántico, habremos de introducirnos también en distintos sectores: partimos, como ya se ha dicho, de un *sector fisicalista* (tratamos con términos, que son entidades corpóreas), y trabajamos con un *sector fenomenológico* (los contextos), pero sobre todo con un *sector ontológico*, el de las esencias o estructuras ideales, que en nuestro caso serían los artefactos-tipo, las culturas arqueológicas, los estilos, etc.

Lo más importante sería señalar que entreveremos en esta disciplina unos ‘principios de cierre’. En la investigación arqueológica se prescinde de muchas propiedades de los términos (por ejemplo, carecen de interés —como regla general— el sabor de los artefactos, la estructura bioquímica del polen o de los huesos de fauna, la estructura atómica de las lajas de pizarra que componen una muralla)... y, por contra, utilizamos unos principios (los viejos principios tipológicos y estratigráficos, o sus formulaciones más recientes, y las técnicas analíticas de seriación, o la medición, asistida por ordenador, de la “distancia formal”, etc.) para establecer comparaciones entre unidades taxonómicas... Así establecemos su posición relativa, su grado de semejanza, su posible “filiación”, sus relaciones espaciales. Con esos principios organizamos una y otra vez: los artefactos son enclasados en artefactos-tipo; éstos, en contextos que ponemos en relación con determinadas funciones; los contextos semejantes producen nuevas unidades taxonómicas como facies, cultura, etc.; los artefactos semejantes son agrupados en estilos; conectando es-

tratos organizamos secuencias, etc., etc. Y, como puede advertirse, si continuamente ponemos en conexión restos materiales existentes en el presente... los resultados obtenidos son de la misma naturaleza material y existentes en nuestro tiempo. Así pues, si una y otra vez las relaciones y operaciones que conectan términos de naturaleza arqueológica, generan nuevos términos arqueológicos, parece que estamos claramente ante **principios de cierre**, lo que aseguraría la existencia independiente de la Arqueología.

En espera de que alguien más cualificado acepte el reto que proponemos, nuestro problema todavía puede provisionalmente ser encarado de otra forma. En vez de proceder de aquella más habitual, en la que, como hemos visto, parece subyacer una posición escolástica, o casi coincidente con ella, podría enfocarse la cuestión desde una perspectiva algo más compleja, empleando el concepto, más rico que el de objeto formal, de *dominio*, que emplean algunos epistemólogos.

Bunge, por ejemplo, entre la décupla de criterios que distinguen a cualquier ciencia, menciona la existencia de un "dominio" o "universo del discurso", esto es, una colección compuesta por entes reales, actuales o posibles, pasados, presentes o futuros (Bunge 1985: 28). No es posible, sin embargo, identificar una ciencia exclusivamente por su dominio, ya que varias disciplinas pueden tenerlo en común. De este modo, la mención del dominio es condición necesaria, pero no suficiente, para la caracterización inequívoca de una ciencia, debiendo complementarse con su *problemática* (conjunto de problemas que se estudian, normalmente en relación con las propiedades o la naturaleza de los entes), *metódica* (conjunto de métodos empleados) y *propósitos* (carácter "puro" o básico, carácter aplicado a otras ciencias, o con aplicaciones tecnológicas) (Bunge 1983: 198-200).

Parcialmente coincidente con la anterior es la posición de Toulmin. Cuando este autor se pregunte cómo se definen las disciplinas³⁶, también usará la expresión de dominio, referida a "*los objetos, propiedades o sucesos que plantean problemas a la ciencia y, por ende, contribuyen a formar sus fenómenos*". Para Toulmin lo esencial son los problemas, de forma que, para caracterizar la física atómica, por ejemplo, más que buscar previamente un objeto inmutable, habría que rastrear las preocupaciones compartidas, la "genealogía continua de problemas" afrontados por generaciones sucesivas de investigadores (Toulmin 1972: 155-158). Y así, incluso al referirse específicamente al 'dominio real' de toda ciencia este investigador pone el acento sobre todo en la clase de preguntas formuladas, en una continua dinámica de actitudes intelectuales cambiantes, de propuesta de

nuevos problemas (*Ibid.*: 182). Su posición es nítida: "*Si distinguimos las ciencias unas de otras por sus respectivos "dominios" (...) aún estos "dominios" deben ser identificados, no por los tipos de objetos de los que tratan, sino por las cuestiones que plantean acerca de ellos. Cualquier tipo particular de objetos caerá en el dominio (por ejemplo) de la bioquímica sólo en la medida en que sea un tema de cuestiones correspondientemente "bioquímicas", y el mismo objeto caerá dentro del dominio de varias ciencias diferentes según qué cuestiones se planteen con respecto a él. La conducta de una fibra muscular, por ejemplo, puede caer en el dominio de la bioquímica, la electrofisiología, la patología y la termodinámica, ya que pueden plantearse cuestiones sobre ella desde los cuatro puntos de vista y, en principio, la misma fibra puede ser llevada al ámbito de otras ciencias aún, haciéndola objeto de cuestiones, digamos, de la mecánica cuántica o la psicología*" (*Ibid.*: 159).

Así pues, parece abrirse camino la idea de que las ciencias ya existentes deben tenerse por tales, para proceder *a posteriori* a fundamentarlas (o, en su caso, a considerarlas como meras subdivisiones, agregaciones, etc.). Para ello, aparte de considerar los aspectos históricos y sociológicos —en modo alguno baladíes, siempre que se trascienda el nivel de las "capillas" y se consideren las verdaderas escuelas o tradiciones— es fundamental en el análisis atender a la *problemática* que durante decenas de años constituye la preocupación básica de los investigadores implicados en un dominio.

En nuestro caso, creemos que pueden y deben comenzar a separarse con claridad dos dominios, atendiendo a su diferente *problemática*:

1) El **dominio de la Prehistoria**, explícitamente caracterizado desde el pasado siglo por su pretensión de reconstruir la etapa más temprana de la historia. Ciertamente, resulta muy difícil trazar una panorámica de los intereses de la Prehistoria, no tanto porque se precisaría una investigación específica que excede las posibilidades de este trabajo, como por el equívoco de partida entre la Prehistoria y la Arqueología Prehistórica: incluso en una figura tan significativa como Childe y precisamente en su *Despedida*, se habla constantemente de los objetivos y posibilidades que para la Historia tiene la Arqueología (en general, aunque algunas veces se concreta en A. Prehistórica)... pero en dos ocasiones se refiere a la Prehistoria y a los propósitos de la misma (Childe 1958b: 5 y 7)³⁷.

Más allá de esa dificultad de raíz terminológica, parece claro que la Prehistoria, sin negar su componente naturalista, ha manejado siempre un vo-

cabulario histórico y se ha planteado los problemas típicos de la Historia, y hasta un investigador tan vinculado al enfoque ecológico como era el recién desaparecido G. Clark, reconociendo que los estímulos iniciales vinieron de las ciencias naturales, sostenía que si la Prehistoria tiene que ser clasificada, sólo puede serlo como una disciplina histórica (Clark 1980: 6-7). Además de los cometidos ineludibles asumidos por la arqueología prehistórica —identificar, clasificar, datar— hay, ya desde los tiempos de Wilson, Lartet, Mortillet, etc., una permanente preocupación por los sucesivos "modos de vida", y por las razones de los cambios. El alineamiento histórico, muy marcado en la investigación nórdica —por lo reciente de su prehistoria—, se acentúa al acuñarse las 'culturas arqueológicas', y ser éstas identificadas con unidades étnicas. En Kossina y Childe, y lo mismo en los especialistas en las culturas de las Edades del Bronce y del Hierro, late de continuo un interés por la identificación de pueblos, innominados casi siempre, cuya caracterización se perseguía para tratar de entender la trayectoria histórica de las diversas zonas geográficas. Evidentemente, el marco conceptual era el de la época, de modo que las reconstrucciones históricas estuvieron predominantemente en la línea de las migraciones e invasiones y fuertemente teñidas por la noción de progreso. La obra de Childe, especialmente a partir de los años cuarenta, llevará a buena parte de los prehistoriadores europeos hacia posiciones bastante próximas a su concepción marxista de la historia, de forma que el Tradicionalismo se caracterizará *malgré lui* por un cierto fondo de materialismo histórico simplificado, seguramente 'materialismo vulgar'. Siempre entremezclada con la problemática arqueológica, asoma en Childe la propiamente prehistórica: un prehistoriador, como cualquier otro historiador, dirá en su trabajo póstumo (Childe 1958b: 6), debería aspirar no sólo a describir, sino también a explicar. De igual forma, una de sus preocupaciones fundamentales es la comprensión de la diversidad de culturas. Sin renunciar a la búsqueda de regularidades —sin ellas no se habría avanzado un milímetro— nunca perderá de vista la obligación que tiene la Historia, y por ende la Prehistoria, de dar cuenta de lo singular: si desaparece esa irrenunciable tensión entre regularidad y particularismo que caracteriza a la Historia, si se sucumbe a la tentación de simplificar la realidad uniformizándola con arreglo a esquemas, como los marristas, eso "...made prehistory unhistorical" (Ibid.: 7). También su último libro (Idem 1958a) resulta paradigmático, pues en él se plantean importantes cuestiones históricas, como la de la variabilidad cultural de la Edad del Bronce de Europa y su contraste con el modelo oriental, e inclu-

so se apunta que en ese marco cultural se habría prefigurado la especificidad de la "vía europea" en la historia mundial... Poco importa ahora lo acertado o no de sus argumentos, o la componente ideológica que subyace; lo interesante es que se propone un problema histórico como el de las relaciones entre las sociedades "bárbaras" de Europa y las del Mediterráneo oriental y el próximo Oriente, que todavía hoy conserva plena vigencia para las actuales generaciones de investigadores, donde se intenta resolverlo mediante la aplicación, más o menos afortunada, más o menos legítima, de nociones y modelos procedentes de la Historia Económica, como los de *world system*, 'relaciones centro-periferia', etc. Por cierto, un reciente trabajo de Gilman (1993) a propósito de estas cuestiones, muestra esa tensión característica de la Prehistoria antes señalado, cuando pone de manifiesto cómo el enfoque centro-periferia, que puede explicar lo sucedido en ciertas áreas, exige un análisis riguroso de las trayectorias concretas de las diversas zonas, observándose en algunos resultados contradictorios con el modelo.

2) El dominio de la Arqueología ha ido adquiriendo su configuración actual desde finales de los sesenta —reseñamos las contribuciones de Clarke (1968), quien, recuérdese, señaló explícitamente que "los datos arqueológicos no son datos históricos y, por consiguiente, la arqueología no es historia" (Ibid.: 12), y de Binford, sobre todo su Investigación de Alcance Medio (Binford 1983, espec. cap. 28), entre otros³⁸— con una toma de conciencia cada vez más clara de que sus problemas fundamentales son los de la evidencia arqueológica, tanto los relativos al registro arqueológico, como los que comprende la recuperación y análisis de datos, y finalmente los que plantea la inferencia de la conducta humana basada en éstos. De la extraordinaria complejidad de la tarea, que se plasma en la continua aparición de arqueologías adjetivadas, es bien expresiva la estructuración, inspirada en Schiffer, que presentó no ha mucho Ruiz Zapatero (1991).

La superación de una larga fase en la que la Arqueología no tenía entidad propia —para unos, era Antropología, o no era nada; para otros, era una Historia hecha con pala y no con pluma— hace que reencuentre sus raíces, colocando a esta ciencia en el sendero por el que prácticamente han discurrido todas. Porque, en efecto, el estadio científico no es sino la culminación de una larguísima trayectoria que, como señala la Teoría del Cierre Categorial, no arranca de la Filosofía, sino en continuidad con operaciones anteriores, de carácter artesanal (Fernández 1976: 83; Bueno 1982: 154); con la Arqueología constituida como disciplina especializada en el registro ar-

queológico, vemos cristalizar en reflexión científica la andadura que se inició, de manera bien poco gloriosa, hace siglos, mucho antes incluso de la fase de las excavaciones de los 'anticuarios', en el trabajo de minas y canteras, la violación y saqueo de tumbas, la búsqueda de joyas y tesoros, etc. Ahí se empezaron a dar, como apuntó Leroi Gourhan (1974: 93) la observaciones empíricas acerca de las costumbres de seres humanos más antiguos (hoy diríamos pautas de conducta), de los fenómenos de deposición, de la organización del subsuelo, de los signos que marcan superficialmente la existencia de vestigios soterrados.

De todas formas, aunque la concepción de la Arqueología como ciencia específica del registro arqueológico está cada vez más extendida, no puede olvidarse la importancia de otra, especialmente relacionada con el materialismo histórico, que asigna a la Arqueología un objetivo bien diferente, directamente histórico. Entre los arqueólogos soviéticos, por ejemplo, ha sido predominante hasta hace pocos años, en que algunos autores, como Klejn, han comenzado a defender que la Arqueología es una disciplina de fuentes, que tiene como objeto un tipo de fuentes tan específicas como las arqueológicas, netamente distintas de las históricas. En su réplica, Gening o Zakharuk, rechazan que deba limitarse así; antes bien, dado que tales fuentes son residuos materiales de un sistema social, es legítimo reconstruir la totalidad del sistema a partir del mundo material³⁹. El eslovaco Chropovski (1980: 245) definía también la Arqueología como una disciplina "de completo valor científico... dedicada a explicar, a partir de las fuentes de la cultura material, los problemas básicos del proceso histórico, la historia de las fuerzas productivas de cualquier de cualquier estadio de desarrollo de la sociedad humana, las peculiaridades del estado y desarrollo de la base económica", etc. Por último, reseñamos el notable trabajo reciente del checo Neustupny (1993) —una especie de síntesis entre arqueología procesal y enfoque histórico (materialista)— en el que se defiende también que la Arqueología no es una mera ciencia del registro arqueológico, sino la ciencia humana que estudia el proceso histórico por medio de aquel (*Ibid.*: 5). Pero, una vez más, la interpretación arqueológica, que para el autor es lo mismo que interpretación histórica, es decir, la expresión de las regularidades del registro arqueológico en términos históricos (*Ibid.*: 155), permanece sin clara solución, seguramente por su concepción del registro y del sistema cultural (*Ibid.*: 45). Incluso la idea que transmite del trabajo del historiador y de la diferencia entre Arqueología e Historia (*Ibid.*: 5) son seguramente demasiado simplistas.

En un ámbito más próximo, también se han

alzado voces en favor de una arqueología no limitada al estudio de los vestigios arqueológicos. Algunos autores se inclinan por una orientación netamente antropológica, por ejemplo, Lumbreras (1981: 19-20), quien, después de criticar que el objeto de estudio asignado a la arqueología —los restos materiales dejados por los hombres en el curso de su existencia— conducía al error positivista de olvidar que tras los restos está el hombre, o más bien la cultura, redefine el objeto de estudio, que pasa a ser la cultura, de forma que la Arqueología viene a ser entonces "la parte de la Antropología que se ocupa del estudio de la cultura (material) de los pueblos desaparecidos". Y también Alcina Franch (1991) defiende que la Arqueología, como ciencia antropológica, es la única ciencia que investiga las sociedades y culturas del pasado partiendo exclusivamente de evidencias de carácter material, de manera que, desde su óptica el problema de la Prehistoria/Arqueología es puramente terminológico. Eso sí, este autor señala para la Arqueología no sólo una perspectiva estructural-funcional, sino también una perspectiva diacrónica, es decir, también parece considerar viable su misión histórica⁴⁰.

Pero se registran sobre todo propuestas en favor del carácter propiamente histórico. Así, para los investigadores del 'Grupo de Barcelona', la Arqueología, que es considerada como ciencia social, tiene como objetivo final "el conocimiento del comportamiento humano pasado y presente" (Estévez et al. 1984b: 24) o, más moderadamente, "del comportamiento de las sociedades del pasado" (Vilà y Estévez 1989: 274). En ambos trabajos se señala que, teniendo como nota distintiva el estudio de las sociedades a través de sus restos materiales, la Arqueología comparte con la Historia el objetivo de conocer el desarrollo histórico y sus leyes. Y recientemente el grupo parece ir más allá al proponer —ahora ya explicitando el criterio epistemológico, balibariano, pero tradicional en el fondo— que el objeto de estudio son los restos materiales de la actividad social, y el objeto de conocimiento, "encontrar las propiedades, los nexos y las leyes causales que rigen la cambiante sociedad humana" (Argelés et al. 1995: 501). Todos ellos reconocen que la especificidad de sus fuentes obliga a la Arqueología a desarrollar una metodología muy especial, pero parecen considerar que la viabilidad del objetivo perseguido —la explicación del proceso histórico— es indiscutible. Ello obliga lógicamente a una reflexión a fondo acerca de la posibilidad de identificar trayectorias históricas en las variaciones de los restos, y los trabajos de nuestros compañeros catalanes precitados parecen ir en esa línea, pero deben de hallarse en un estadio muy inicial de la construcción⁴¹; es más, no dejan de reconocer que,

para determinados períodos es una ciencia secundaria (Estévez *et al.* 1984b: 24), poco productiva (Idem 1984a: 76), lo que encierra una cierta contradicción con el carácter independiente, no subordinado, que propugnan para la Arqueología⁴². Y es que defender para la Arqueología el mismo objeto de la Historia parece conducir forzosamente a su condición de "auxiliar", nada despreciable, por otra parte. Se trataría de una disciplina caracterizada únicamente por su método y material de trabajo, una Historia hecha a partir de los restos materiales. Entonces, yendo más allá de la época prehistórica, ya que se pretende que la Arqueología puede afrontar la investigación de cualquier lugar y época, cabe preguntarse: si hablamos de la historia de la humanidad en general, ¿es aceptable tal pretensión? Desde la propia perspectiva histórica marxista, no parece fácil la respuesta afirmativa: una cosa es, en la investigación de cierta formación histórica, desvelar el papel clave de las contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, *contando con testimonios escritos acerca de éstas y de sus expresiones jurídicas, políticas e ideológicas*, y otra, bastante más complicada, inferir todo este complejo edificio histórico a partir de las fuerzas productivas —que sólo 'en última instancia' son determinantes de las relaciones de producción—, o, mejor dicho, de los restos arqueológicos correspondientes a las mismas⁴³. Aceptamos sin reticencias que, como se dice en *El Capital* en una de las escasas alusiones arqueológicas de Marx, "*los vestigios de medios de trabajo nos sirven para apreciar formaciones económicas de la sociedad ya desaparecidas*", y que "*los medios de trabajo [son] el exponente de las relaciones sociales*"; pero si queremos profundizar, en el caso de la Edad Media por ejemplo, aunque arqueológicamente se consigan reconocer las parcelas cultivadas, los molinos, y aún los prados y bosques existentes, ¿cómo llegar a establecer si los campesinos —cuyo poblado también podemos conocer en detalle— ejercían pleno control de aquellos medios de producción, si lo tenían limitado, o si carecían por completo de él? De la misma forma, localizado y bien excavado un castillo, o un monasterio, a muchos kilómetros de distancia de aquel poblado, ¿cómo inferir del registro arqueológico que el señor residente en el castillo o el abad del monasterio eran quienes tenían el control de aquellos medios de producción citados? No es difícil imaginar la clase de conocimiento que sobre la Edad Media (o sobre el modo de producción feudal) se habría alcanzado sólo con datos arqueológicos, esto es, sin poder contestar esas preguntas. Naturalmente, en absoluto estamos sugiriendo que la Arqueología no pueda construir un conocimiento científicamente válido: únicamente,

que para que éste tenga una mínima profundidad histórica, debe asentarse sobre los conceptos, hipótesis, modelos y problemas establecidos históricamente; en una palabra, la interpretación histórica del registro arqueológico es Historia.

Si, como se sugiere, la aspiración de hacer la Historia a partir exclusivamente de los restos materiales convierte en *una pasión inútil* a la Arqueología, ¿no debería ésta renunciar a semejante propósito, limitándose a ser nada menos que la ciencia específica del registro arqueológico, y dejar que la síntesis histórica sea hecha por la propia Historia, no unilateralmente? A este respecto, convendría recordar cómo, en el ámbito de la Arqueología Clásica, un autor que ha hecho un lúcido balance entre las ventajas e inconvenientes del testimonio arqueológico incluido en un contexto histórico (Snodgrass 1983), nos previene de la atribución de significado histórico a los restos materiales mientras no se los someta a una serie de procesos "arriesgados", adoptando (Idem 1987) una posición metodológica muy exigente acerca de la interacción entre Arqueología e Historia Antigua, inclinándose además por el desarrollo de una teoría arqueológica que evite la asunción ingenua de lo que el registro material aparenta⁴⁴.

En la Arqueología Prehistórica, ciertamente no se podría utilizar la misma argumentación; pero, siendo un rama más de la Arqueología ¿cabría considerarla como ciencia histórica? Desde luego, no vamos a volver en modo alguno a los argumentos de Hawkes o Daniel acerca de la imposibilidad arqueológica de reconstruir los aspectos políticos, religiosos, etc., argumentos que van siendo refutados por los avances teórico-metodológicos. Pero sí hay que insistir en que los datos y entidades arqueológicos no son de naturaleza histórica. Su conversión en entidades históricas deberá afrontarse como paso previo a una investigación orientada hacia objetivos históricos y que utilice, como elementos de referencia, las diversas formaciones históricamente conocidas, para confrontarlos con los datos existentes. Una investigación de tal naturaleza, ¿no es lo que denominamos Prehistoria?

6. ¿MERECE LA PENA LA DISTINCIÓN ENTRE PREHISTORIA Y ARQUEOLOGÍA?

Si el lector ha tenido la paciencia de llegar hasta aquí, acaso comparta los argumentos propuestos para el deslinde de Prehistoria y Arqueología. Y sin embargo, a buen seguro se planteará también si la

propia historia de la investigación no constituye una poderosa razón de signo opuesto. Porque, aún existiendo los motivos señalados, si Prehistoria y Arqueología han discurrido entrecruzadas hasta hoy, ¿es totalmente necesario proceder a una separación que alguno tildaría de "antinatural"?

Sin duda, la Prehistoria sin la Arqueología sería, sencillamente, impensable, pero hay una razón poderosa para insistir en la distinción, y es el propio desarrollo de ambas. Permítasenos recurrir una vez más a la polémica, varias veces aludida, que se dió en el terreno lingüístico. Allí decía Trubetzkoy (1958: 12): "*Una distinción precisa entre fonología y fonética es teóricamente necesaria y prácticamente realizable. Esta distinción es beneficiosa para ambas ciencias. Pero, por supuesto, ello no ha de impedir que cada una de las disciplinas se favorezca con los resultados obtenidos por la otra. Solo es necesario guardar ésto en la justa medida, lo cual, lamentablemente no siempre ocurre*". Y concluía con un diagnóstico rotundo: "*La falta de una separación entre fonología y fonética fue, precisamente, un error de método de los manuales clásicos. Este error influyó sin duda en forma negativa en el desarrollo tanto de la fonética como de la fonología*" (Ibid.: 6). Si en estos párrafos sustituimos los nombres de ambas disciplinas por las que a nosotros nos incumben, estará compendiada nuestra posición.

A estas alturas, parece imprescindible que, cada una por separado, Arqueología y Prehistoria, intensifiquen la reflexión sobre sí mismas. Como sostiene Klejn (1993a: 340) no se trata de un debate escolástico, sino de una cuestión de enorme trascendencia por sus componentes organizativos y de práctica de la investigación. Anteriormente aludimos a la tarea en extremo compleja que debe afrontar la Arqueología, empezando desde la propia base, desde la noción de "registro arqueológico": si es que cabe seguir hablando de registro arqueológico, ¿su naturaleza es "fósil", como propugna el enfoque procesal, o se trata más bien de un "texto", como sostienen los post-procesalistas? Sólo esta cuestión de partida, apenas considerada (vid. Patrick 1985), divide ya a los arqueólogos en dos mundos que se comportan como teórica y metodológicamente incompatibles. En cualquier caso, el registro arqueológico —insiste Klejn (1993a: 341-343, 1993b: 76-77)— tiene una marcada especificidad frente al registro propiamente histórico, por lo que la Arqueología no es una ciencia auxiliar⁴⁵, sino una disciplina especializada en el estudio de este tipo especial de fuentes, y en su reelaboración en material histórico. Aquí hay temas fundamentales para debatir en profundidad, sin olvidar que, incluso en campos aparentemente consolidados, como por

ejemplo el de la cronotipología —el objetivo por excelencia de la Arqueología Prehistórica—, queda bastante por hacer en cuanto a fundamentación teórica.

La Prehistoria, por su parte, tiene que salir de su problema de identidad. Porque, como señala el citado investigador ruso, por razones diversas según los países, se ha producido la confusión entre la Arqueología Prehistórica y la Prehistoria, confundiendo la organización universitaria, la preparación de los investigadores, y lo que es más grave, los objetivos disciplinares. En palabras de Klejn (in Kristiansen 1993: 190), se ha dado una especie de fusión de Arqueología e Historia en una sola disciplina, cuando en realidad, por su propia naturaleza, se trata de dos; se ha creado un centauro fusionando un caballo y un jinete; confundimos las exigencias de cada disciplina, al mezclar sus resultados y no diferenciar sus métodos... esto es como querer poner las herraduras al jinete y chanclos al caballo, preguntándonos todavía por qué el centauro no corre más deprisa. La metáfora tiene una conclusión inevitable: si los siameses, cuya unión es natural, de nacimiento, deben ser separados, con más razón debe separarse nuestro centauro, que es artificial o mejor dicho, que es un mito (Klejn 1993a: 347).

Esta es también nuestra posición: Ya es hora de que el jinete detenga la marcha y, echando pie a tierra, comience a reflexionar detenidamente hacia dónde se dirige: ¿Tiene clara su misión la Prehistoria? ¿Está en condiciones de asumirla? ¿Se plantea los problemas derivados de la naturaleza de las fuentes arqueológicas, de la existencia de fuentes no arqueológicas, y de cómo realizar la síntesis global?

El problema de la conversión de los datos arqueológicos, de las unidades taxonómicas, en entidades históricas —abandonado por una Arqueología que se proclama capaz de hacer la historia—, debe sin más dilación ser puesto en primer plano por la Prehistoria, porque si las sociedades que han generado registro escrito generalmente se autoidentifican, o identifican a otras, en nuestro dominio la cuestión es mucho más compleja: desde luego, una parte de los investigadores desconfía de las tradicionales 'culturas arqueológicas', habiéndolas sustituido por otras entidades, no menos controvertidas, como los 'grupos de subsistencia'; pero incluso entre quienes siguen manteniéndolas, con las máximas exigencias en cuanto a su definición, continúan irresueltos los problemas de siempre: ¿Son meras construcciones teóricas? ¿Tienen correspondencia histórica, por ejemplo con "jefaturas", "tribus", "pueblos", "estados" u otras entidades sociales y políticas? ¿Que representan, en ese terreno de lo social, dos culturas arqueológicas

desarrolladas sin solución de continuidad sobre determinado espacio geográfico? ¿Y las fases de una misma cultura? El problema de la presencia de materiales de dos culturas arqueológicas asociados en una misma localidad, el del reconocimiento arqueológico de procesos de etnogénesis, y tantos otros, necesitan ser despejados, sea por la Arqueología concebida como procedimiento 'pluriescalonado' (Klejn 1993b: 75) o por una rama especial de la Arqueología, como sugiere Guliaev. Es el momento de afrontar la interpretación histórica de las observaciones y hechos arqueológicos ya recogidos, descritos y procesados. Esta tarea, a pesar de su enorme importancia, está por hacer, y por ello habitualmente en la investigación se comenten importantes errores metodológicos, que nacen de la confusión entre hechos arqueológicos —actuales, accesibles a la observación directa y experimentación— y hechos históricos, ahora inobservables; así pues, para alcanzar conclusiones históricas a partir de los datos arqueológicos es preciso contar con una metodología especial que incluya la formulación de hipótesis históricas alternativas, y la "predicción" de nuevos hechos arqueológicos que, de confirmarse, supondría la convalidación de la hipótesis (Guliaev 1990: 340-341).

La Arqueología parece estar cada vez en mejores condiciones de poder suministrar, sobre la base de sus datos específicos, unos hechos sociales, así como los marcos paleoambientales, la periodización y la cronología, ésta no demasiado fina todavía. La Prehistoria, por su lado, necesita no sólo seleccionar entre tales hechos sociales aquellos que sean históricamente relevantes, sino que debe sobrepasarlos de inmediato, entendiéndolos como causas, o como consecuencias, de otros hechos históricos. Su preocupación esencial es la delimitación de escenarios concretos y la permanente comparación: de una parte, estrictamente diacrónica, buscando fenómenos de continuidad o de cambio y proponiendo hipótesis acerca de la causalidad de los mismos, que se constituirán de inmediato en estímulo para nuevos interrogatorios al registro arqueológico; por otra parte, la comparación con otros ámbitos sincrónicos, e incluso con otros marcos temporales y geográficos, para intentar mediante el análisis de los paralelismos, de los factores recurrentes y de los ausentes, detectar regularidades en los procesos históricos.

Formulando problemas históricos de envergadura, la Prehistoria debe pedir a la Arqueología su concurso para la obtención en el registro arqueológico de datos que permitan resolverlos: por ejemplo, en orden a la explicación de la 'cultura Ibérica', seguramente debería investigarse el papel del tráfico lejano, qué se intercambia con los *exotica*, en qué medida se

relaciona ese tráfico con el desarrollo agrícola y la metalurgia del hierro o más bien con la diferenciación social y el poder...; y para comprender la importancia de las culturas desarrolladas en tierras del interior peninsular desde el Campaniforme y sobre todo en Cogotas I, acaso habría que ensayar una hipótesis que vincule la expansión hacia las regiones periféricas de un estilo cerámico (que no debe de corresponderse con homogeneidad étnica) con la fase climática subboreal, la trashumancia, etc. A la arqueología compete la ardua tarea de construir, a partir de la etnoarqueología, la propia historia, la experimentación, etc., indicadores fiables de "presión demográfica", "desigualdad social", "unidad familiar", "conflicto", "intercambio", "estacionalidad", "nomadismo", "trashumancia", y un largo etcétera que debería incluir "excedente" o "apropiación".

El trabajo de la Prehistoria puede, utilizando esos indicadores arqueológicos, asemejarse al de la Historia con documentos escritos: habrá de comenzar encarando el estudio de los condicionamientos naturales y las técnicas disponibles, la organización del espacio, la evolución del paisaje, el cuadro demográfico, las diferencias sociales, etc.; es más, enfoques históricos fructíferos, como los relativos a las duraciones, pueden ser planteados a partir de los datos arqueológicos. Un 'suelo de ocupación', la ocultación de un conjunto, la destrucción de un establecimiento, la matanza revelada por los esqueletos humanos tirados en las calles de un poblado... nos remiten al plano de los acontecimientos; de igual forma, podemos afrontar la duración media, donde seguramente ubicaríamos fenómenos como el "empobrecimiento" de las necrópolis celtibéricas, o la miniaturización de sus ajuares, o la propia aparición de los *oppida* en ese ámbito cultural; finalmente, a la larga duración corresponderían el hábitat castreño, la trashumancia, el ritual de inhumación colectiva o el de cremación, etc. Pero estos hechos históricos, simples o complejos, necesitan, no sólo de los indicadores arqueológicos citados y de una datación rigurosa, sino, sobre todo, de un marco social válido, ya sea una 'civilización', una sociedad, un grupo humano... Y aquí reaparece el problema tantas veces aludido: ¿cómo dar el salto desde las entidades arqueológicas, que algunos llegan a considerar pura construcción del investigador, a estas entidades históricas?

Otras disciplinas han debido arrostrar problemas comparables: así, los medievalistas han adoptado "el monasterio" como una de las unidades fundamentales de la de investigación... ni más ni menos que por la acumulación de una masa documental. Pero el dominio monástico tiene, qué duda cabe, un grado de correspondencia con la realidad histórica

(está enmarcado en una determinada 'civilización', incluido en un estado, tiene sobre un territorio concreto un papel económico, jurídico y religioso conocido...); en cambio, nuestras unidades de investigación —'yacimientos', 'territorio', 'área cultural', etc.— son eminentemente formales, y hacer de ellas un objeto de conocimiento histórico requiere un esfuerzo no pequeño. Acaso algún día expresiones hoy difícilmente justificables a no ser desde un punto de vista didáctico, como "las gentes campaniformes",

"la sociedad argárica" o los "grupos lusacianos", puedan ser empleadas con un contenido comparable, cuando menos, a las de "ausetanos", "astures", etc. Pero, a juzgar por la larga experiencia disciplinar, la identificación poco o nada justificada de las unidades taxonómicas de la Arqueología (es decir, "distribuciones de materiales") con entidades históricas seguramente sólo cesará cuando se acepte la clara diferencia entre las misiones de la Arqueología y de la Prehistoria.

NOTAS

¹ En uno de los escasísimos trabajos donde se analizan de forma contrapuesta arqueología y prehistoria, el Prof. De Laet (1978) daba unas definiciones de ambas que resumen la postura tradicional: la primera "estudia las diferentes civilizaciones del pasado y su evolución, fundándose en el examen de los vestigios materiales" (*Ibid.*: 236), mientras que la prehistoria es "el estudio de ese periodo de la historia de la humanidad que precedió al empleo de la escritura" (*Ibid.*: 236 y 256). Por ello, inevitablemente, si este trabajo comenzaba refiriéndose a los dominios de la arqueología y de la prehistoria (*Ibid.*: 235), terminará hablando del dominio de la arqueología y la prehistoria (*Ibid.*: 271).

² Si el término Historia designa tanto los acontecimientos del pasado (historia = *res gestae*) como el estudio de los mismos (historia = *historia rerum gestarum*), en nuestro caso, la polisemia es todavía más acusada; por no emplearse la expresión "Edad Prehistórica", se identifica la Prehistoria como subdivisión de los Tiempos Históricos con la masa de eventos producidos en esa época, y el mismo término designa también la disciplina que los investiga. Esto, por no hablar de una cuarta acepción, no siempre vulgar, de prehistoria como proceso en el que se constituye algo: "prehistoria del rock", "prehistoria de un modo de producción", etc.

³ Así, Almagro 1960; Brézillon 1969: 199; Clark 1960: 24-26 y 37; Müller-Karpe 1975; Roe 1970, etc. En muchas ocasiones cuesta trabajo encontrar un claro compromiso: por ejemplo, en Piggott 1965, hay una constante indefinición, que parece romperse una sola vez, cuando, refiriéndose a sendos libros de Hawkes y Childe dice que considera ambos más como arqueologías que como prehistorias (*Ibid.*: 13). Es de destacar el esfuerzo hecho en un libro de alta divulgación (Ruiz-Gálvez 1988) para no incurrir en el equívoco: Prehistoria designa únicamente la ciencia histórica... y sólo una vez se le escapa a la autora en su acepción temporal.

⁴ Sin referirnos, como es lógico, a la inmensa mayoría de la bibliografía norteamericana (con raras excepciones como Rouse 1972: 7) pueden citarse por ejemplo Laming-Emperaire (1963) o Biagi (1980). Habría que poner aquí también algunos trabajos donde Prehistoria solo figura en el título, refiriéndose el texto exclusivamente a la Arqueología Prehistórica, por ejemplo Narr (1975).

⁵ Como hiciera Childe en repetidas ocasiones, Trigger (1978) menciona constantemente *prehistoric archaeology*, pero en varias ocasiones (*Ibid.*: 28, 29 y 30) se refiere con toda claridad a "*prehistory as a discipline...*", asumiendo expresamente el concepto británico de pre-

historia como una disciplina que hace uso de datos tanto arqueológicos como no arqueológicos en orden a una mejor comprensión del pasado (*Ibid.*: VIII y X). El intercambio aparece en muchos autores, desde Sterud (1973) a Fernández-Miranda (1984), aunque el caso más interesante quizá sea el del propio Renfrew (en Sanctis y Finis 1988), donde se refiere a la arqueología prehistórica (*Ibid.*: 85) y, en una misma respuesta, a la 'era prehistórica', dos veces a la 'prehistoria' (= tiempo) y finalmente a "*la prehistoria propiamente dicha, como disciplina*" (*Ibid.*: 79).

⁶ Llevaba razón Glynn Daniel cuando escribió aquel pasaje célebre de "...sería llevar las cosas a extremos demasiado sutiles el diferenciar entre un prehistoriador y un arqueólogo prehistoriador" (Daniel 1962: 5), dado que él se refería a profesiones. Pero debió haberlo planteado objetivamente, en términos disciplinares: ¿existe o no alguna diferencia significativa entre la Prehistoria y la Arqueología Prehistórica? Daniel no despeja del todo la cuestión: reconoce la existencia de una primera etapa, de la Prehistoria legendaria o mitológica, que es científicamente encauzada con la aparición de la Arqueología Prehistórica; y señala claramente que la misión de la Prehistoria es hacer historia y no clasificar objetos (*Ibid.*: 143); pero en el libro se intercambian constantemente las denominaciones de ambas disciplinas.

⁷ Esta expresión, que aparece en las versiones en catalán (Estévez et al. 1984a: 76) y castellano (1984b: 23), no coincide con la de A. Laming, que se refería a la carencia de "problemas y métodos propios". Para esta autora, además, la arqueología es una "técnica de aprehensión del pasado de la humanidad a través de sus vestigios materiales". [La traducción española del libro de esta autora, por cierto, traiciona completamente al original cuando dice que el término arqueología "permite distinguir perfectamente lo que se llamaba prehistoria en tanto que ciencia de los que se puede continuar llamando arqueología histórica y arqueología prehistórica"].

⁸ Uno de los argumentos parece algo abusivo: cuando siguen a Hole y Heizer, consideran que "el objeto de los geólogos es el estudio de las formaciones naturales, el de los paleontólogos el estudio de los animales del pasado, el de los paleobotánicos el de las plantas antiguas y el de los arqueólogos el estudio de la cultura del hombre del pasado" (Estévez et al. 1984b: 23), de manera que se mezclan los niveles de aproximación (los objetos material y formal, diremos luego); ¿no sería más justo decir que el objeto de los arqueólogos es el estudio de los restos..., o, en caso contrario, que el estudio de los demás científicos citados es la estructura y comportamiento de la tie-

rra, el de la evolución biológica a partir de fósiles, etc?

⁹ Se registran ya adhesiones explícitas a tal propuesta, como la de Orubia Pintado (1988: nota 1), no obstante el título; o la de Olaria (1991: 122).

¹⁰ Por ejemplo, T. R. Fernández (1976: 82) ha señalado que la concepción popperiana supone en última instancia que las teorías científicas serían segregaciones del espíritu que se confrontan con la realidad exterior para ser eliminadas (*falsadas*) si la realidad así lo exige.

¹¹ En un reciente volumen colectivo dedicado a los problemas del Reduccionismo (Agassi 1991), este autor distingue entre la *reducción* —procedimiento científico legítimo si se respetan sus límites— y su absolutización metafísica, el *reduccionismo* (*Ibid.*: XI). En su propia contribución caracteriza el reduccionismo precisamente como negación del espíritu científico.

¹² *Vid.* su artículo de 1978 incluido como capítulo V en la recopilación española (Suppes 1988).

¹³ La posición de la autora queda patente en este párrafo relativo a la caduca Prehistoria: “*la finalidad de esta última sería... reconstruir el desarrollo cultural de los grupos humanos. Sin embargo, esta concepción, afortunadamente falsa, se transforma lentamente*” (Olaria 1991: 121). No puede dejar de señalarse lo poco afortunado de la descalificación de la Prehistoria como “retrohistoria” (cuando es obvio que la explicación —y aún el concepto— del pasado necesariamente arrancan del presente). Tampoco entusiasma la propia concepción de la Arqueología, cuya definición es tan general que podría aplicarse sin más a la Antropología... o a la Historia, dado que no incluye ni una sola alusión a los términos específicos de la Arqueología, llámense “artefactos”, “cultura material”, etc.

¹⁴ *Vid.* la breve, pero certera, crítica de Bueno (1982: 162-163). Desde luego, los más importantes trabajos historiográficos de nuestras disciplinas (Klejn 1980; Guidi 1988; Gibbon 1989) no siguen este modelo, que en algunos casos (Trigger 1989: 16-23) es rechazado expresamente.

¹⁵ Aunque este trabajo es absolutamente esquemático y menciona solo tres o cuatro rasgos esenciales de la NA, uno podría suscribir su conclusión, con muchos, demasiados, matices. Pero, para el problema que nos ocupa se necesitaría, precisamente, analizar en detalle la producción de Prehistoria, Arqueología Prehistórica y otras Arqueologías. Una cosa es que haya habido una revolución en la Arqueología —un aspecto sí es revolucionario: el nacimiento de la *Arqueología como Arqueología*— y otra distinta la desaparición de la Prehistoria.

¹⁶ Sigue a este autor Martínez Navarrete (1989), cap. 1.

¹⁷ Como botón de muestra, piénsese, por ejemplo, en el enorme retraso con que empiezan a registrarse el impacto de la obra de Braudel en la literatura arqueológica. Pero no se olvide tampoco que entre los investigadores de la Prehistoria más conectados con la Geología se producen fenómenos similares: ¿Con cuantos años de retraso ha entrado la Tafonomía? ¿Se recuerda que ha tardado siglo y medio en realizarse una reflexión propia sobre los problemas estratigráficos?

¹⁸ La importancia de esta posición —justificada además por la manipulación de la Prehistoria por el régimen nazi y por la DDR— en la práctica conversión de la Prehistoria realizada en Alemania en Arqueología Prehistórica ha sido puesta de manifiesto por Klejn (1993c).

¹⁹ En esa línea, sostiene que “*La termodinámica y la estadística molecular se ocupan, en general, del mismo objeto, pero la tratan con métodos diferentes*” (Reichenbach 1929: 22-23).

²⁰ Ello no empece para que sea utilizado por filósofos bien distantes

del tonismo, por ejemplo M. Sacristán (1964: 13).

²¹ La tardanza en plantearse este problema podría ser considerada —con cierta generosidad— como un síntoma de madurez, ya que, como ha señalado Granger (1967: 1027), en las ciencias nacientes no se discute sobre el objeto, se reconoce y se avanza, y sólo a medida que una ciencia progresa se va sintiendo la necesidad de plantearse la determinación precisa de su objeto.

²² Estaríamos ante una situación que recuerda, en cierta medida, a la de la *Fonética y la Fonología: según Jakobson y Halle (1956: 20)* “*la fonética trata de recoger la información más exhaustiva posible sobre la materia sonora bruta y sus propiedades fonológicas y físicas; la fonemática, y la fonología en general, aplican criterios estrictamente lingüísticos para cribar y clasificar el material que proporciona la fonética*”.

²³ Lo comparte A. Hernando (1988), para quien —lógicamente— la Prehistoria coincide con la Antropología Cultural, salvo en el marco cronológico.

²⁴ Hace ya mucho tiempo, Eggert (1976) había argumentado contra la falaz identificación de la Arqueología Prehistórica con la Antropología Cultural, que no autorizan ni la teoría, ni el método ni los datos de ambas disciplinas.

²⁵ A las definiciones recogidas en la nota 22, habría que añadir la visión clásica que consideraba la Fonología como ciencia de los sonidos considerados desde el punto de vista acústico, siendo la Fonética la ciencia de los sonidos considerados desde el punto de vista organogénico. Aunque esta concepción esté ya superada, el ejemplo, en orden a la cuestión que aquí interesa, permanece válido; e incluso teorías más avanzadas, como la de Trubetzkoy (1956), siguen distinguiendo la fonología, como ciencia de los sonidos de la lengua, frente a la fonética, ciencia de los sonidos del habla.

²⁶ Martínez Navarrete (1989: 2-4 y cap. II-5), discute la supuesta disyuntiva entre una Prehistoria configurada como ciencia histórica o antropológica. Pero como a la hora de manejar la bibliografía norteamericana esta autora ha asimilado los términos Prehistoria y Arqueología, algunos de los argumentos utilizados —por ejemplo las reflexiones de Trigger— se refieren en realidad a la Arqueología.

²⁷ Podría utilizarse la terminología de Binford, o la cada vez más extendida de Lull (1988: 11) de *artefactos, arteusos y circundatos*. Pero hemos preferido esta expresión más corta, pero de contenido ya bien preciso, tomándola de Frerichs, para quien *Überreste* designa el conjunto de fuentes en las que falta la intención de transmitir mensaje, subdivisible en restos escritos [desconocidos o excepcionales en Prehistoria] y no escritos; éstos, a su vez, se dividen en *Sachüberreste* (restos materiales u objetuales) y en restos abstractos. (Frerichs 1981: 97 y 115). Nos parece bastante aceptable la sistematización de Frerichs, aunque tiene también sus inconvenientes: en alguna ocasión, la frontera entre restos objetuales y tradición iconográfica no es nítida, como ilustraría el caso de los megalitos, típicos restos objetuales, pero que parecen haber sido hechos claramente con intención de dejar un mensaje duradero...

²⁸ Según Frerichs (1981: 97), *Tradition* sería el conjunto de las otras fuentes históricas, dirigidas adrede hacia la transmisión de mensaje. La Tradición comprendería tanto las fuentes escritas como una Tradición no escrita, sino oral e iconográfica. Si solamente en algunas zonas del planeta es posible utilizar la tradición oral para hacer Prehistoria (*vid.* por ejemplo Granger 1980), en cambio, la tradición iconográfica parece muchísimo más importante, aunque exige una metodología muy exigente.

²⁹ Es posible que en el futuro haya otras posibles aplicaciones, por ejemplo en el terreno de la Sociología, donde hoy apenas pueden citarse, a título anecdótico, la información, sólo relativamente sorpren-

dente, que la *Garbage archaeology* ha suministrado sobre comportamientos económico-culturales de ciertos grupos sociales.

³⁰ Vid. a este respecto en *Les Dossiers de l'Archéologie* 48/49, 1992: 72-76, el informe sobre la importancia de la metodología arqueológica en el marco de la Antropología Forense realizada en Argentina para esclarecer las muertes de los "desaparecidos" por la dictadura militar.

³¹ Otros muchos autores —en realidad todos los partidarios de la existencia de la Prehistoria— vendrían a coincidir en que ésta necesita del concurso de otras ciencias, además del de la arqueología prehistórica: por ejemplo, Almagro (1960), Clark (1960: 26), De Laet (1978: 258), Hensel (en Kurnatowski 1975: 144), Müller Karpe (1975: 12-13) o Rouse (1972: 7), llegando hasta el presente (Jorge 1987: 92). También lo sostenía Childe (1959: 316) quien precisó que la Arqueología Prehistórica, más aventajada que esas otras disciplinas, suele monopolizar el nombre de Prehistoria.

³² Cit. en Bulkin *et al.* 1983: 285. Ahora también en Klejn 1993b: 77.

³³ Convendría examinar la posición, en cierta medida comparable, de algunos investigadores suecos, como Gräslund, que manejaban la documentación escrita sobre fuentes como fuentes en sí mismas (cit. in Selinge 1987: 28. Este autor [*Ibid.*: 30-31] tiene un punto de vista mucho más elaborado, señalando que los registros escritos a partir de fuentes arqueológicas no pueden ser considerados fuentes primarias, dado que son el resultado de complejos procesos de transferencia).

³⁴ En la propia Arqueología Histórica podríamos señalar, siguiendo a G. Bueno (1978b: 31), que gracias a los textos escritos relativos a la planificación de Hipodamos de Mileto, pueden coordinarse el plano ortogonal que configuran las ruinas —materiales existentes en el presente— que han sido excavadas por un arqueólogo clásico y el "plano" o proyecto urbanístico realmente empleado por "el arquitecto" helenístico que trazó aquella ciudad en el pasado, estableciéndose así una *identidad por isomorfismo* (verdad de tipo tarskiano). Las reconstrucciones de la Arqueología Prehistórica y la Prehistoria son de otra naturaleza.

³⁵ Tratamos de hacer un resumen de la misma a partir de Bueno 1982; Idem 1987: epílogo; Quintanilla 1976: 81-85; Fernández 1976; Barrio 1992: 60.

³⁶ En contraste con la facilidad con la que los científicos reconocen a los impostores, y la claridad con la que se distinguen como disciplinas distintas la física atómica, la biología molecular y la jurisprudencia, no es en cambio nada fácil encontrar lo que resulta decisivo para dar respuesta a la pregunta inicial (Toulmin 1972: 155).

³⁷ Esta equivalencia en la práctica entre las dos disciplinas, que se advierte repetidamente en la obra del investigador australiano, no debe hacer olvidar, sin embargo, su definición formal de la Prehistoria: "La prehistoria debería ser una síntesis de todas esas disciplinas [Arqueología Prehistórica, Antropología Física, Filología, etc.] pero puesto que la arqueología prehistórica ha dejado atrás a las restantes y la síntesis convenida parece estar algo lejana, ella misma monopoliza a menudo el nombre de prehistoria" (Childe 1959: 316).

³⁸ Posiciones análogas son las de Redman (1973: 6), que la considera como el estudio sistemático de la conducta cultural de los seres humanos mediante el examen y análisis de los restos materiales de sus actividades preteritas; Rathje y Schiffer (1982: 5), quienes hablan del estudio de sociedades antiguas y modernas que hace hincapié en la relación entre artefactos y conducta humana; o Rathz. (1985: 1), que la define como el estudio de la cultura material en su relación con la conducta humana. Entre nosotros, se ha apuntado recientemente la re-

definición de la Arqueología como "una especie de teoría general para el estudio de la forma y sentido de la cultura material en cualquier espacio cronológico o geográfico" (Criado 1988: 7).

³⁹ De esta polémica apenas pudimos entrever el trasfondo a través de los resúmenes en inglés de los artículos publicados entre 1989 y 1991 en *Sovietskaya Arheologiya*. Ahora, gracias a Klejn (1993b: cap. 4) podemos conocer mejor las diversas posturas.

⁴⁰ Pero, a tenor de lo que se dice de la necesaria colaboración de otras ciencias (Alcina 1991: 18), da la impresión de que la perspectiva diacrónica que se propugna sea alcance muy limitado, porque ¿qué puede estudiar de "las sociedades y culturas del pasado" una arqueología industrial que sólo parece estar obligada a usar de la historia de la ciencia? ¿Qué decir del estudio del mundo clásico abordado por la Arqueología con la colaboración de la filología y la epigrafía? Al menos, en el caso de la arqueología medieval se señala que "buscará la colaboración de la paleografía y la historia"...

⁴¹ Así, en la reciente síntesis de González Marcén *et al.* (1992) se desecha muy rápidamente el problema de las 'culturas arqueológicas', sustituyéndolas por unos 'grupos arqueológicos' cuyo contenido queda en el aire. También sorprende un poco el que se afirme, sin matiz alguno, "que la «edad del bronce» sólo existe en la mente del investigador/a" (*Ibid.*: 23), lo cual creo cierto sólo en el mismo sentido en el que puede postularse para la «Guerra de los Cien Años» o para la «Primera Guerra Mundial».

⁴² A decir verdad, en el nutrido colectivo de investigadores que han ido publicando acerca de estas cuestiones, parece distinguirse un grupo con un planteamiento algo diferente: ya Lull (1988) apuntaba en un sentido más complejo con su 'Teoría de la representación', que todavía consideraba como fin último de la arqueología "generar modelos explicativos de la realidad (histórica) que representan sus materiales" (*Ibid.*: 72); y más recientemente, Castro, Lull y Micó (1993), aunque critican las pretensiones de la concepción cientifista (procesalista) defienden que la Arqueología es "una disciplina mediadora para entender o conocer la historia de las comunidades humanas" (*Ibid.*: 23) ... y que "debe orientarse, ante todo, a conocer la disposición de la evidencia y a desarrollar teorías que permitan comprender las relaciones entre las prácticas sociales que transformaron (produjeron o abandonaron) la materia y los materiales arqueológicos que componen un yacimiento" (*Ibid.*: 27). Habrá que profundizar en esta teoría de la representación a la luz de la TCC, y desarrollar la noción de *reliquia* de Bueno (1978a).

⁴³ Por ejemplo, vid. en el ensayo de L. F. Bate (1977) donde se esboza un programa para la inferencia de las formaciones económico-sociales a partir de los datos arqueológicos, lo relativo a las relaciones de producción. También en la propuesta de Estévez *et al.* 1984b: 26-28.

⁴⁴ También Torelli (1993: 11) ha señalado que ambas ciencias "poseen sus propias lógica y metodología, que han de ser respetadas rigurosamente: sólo utilizando esa clave hermenéutica parece lícito y útil practicar formas de interdisciplinariedad, que, repito, son válidas sólo si producen integrando entre sí sistemas y no partes de información".

⁴⁵ Respecto a las 'disciplinas de fuentes' entre las que incluye la Arqueología, dice en un pasaje que si las llamamos auxiliares o básicas "...es una cuestión de gusto (y de ambiciones)" (Klejn 1993a: 340). Y cuando más adelante, al utilizar la metáfora del centauro, señale que la arqueología debe actuar como el caballo, y no como jinete, terminará añadiendo: "Si algunos arqueólogos ven esto como humillante o degradante para su materia, podría ser porque han identificado la arqueología consigo mismos" (*Ibid.*: 347).

BIBLIOGRAFÍA

- AGAZZI, E. (1991): Reductionism as negation of the scientific spirit. *The Problem of Reductionism in Science* (E. Agazzi, ed.), Episteme 18, Dordrecht: 1-29.
- ALCINA FRANCH, J. (1991): La Arqueología en España: una revisión crítica de sus planteamientos teóricos. *Trabajos de Prehistoria*, 48: 13-28.
- ALMAGRO BASCH, M. (1960): *Introducción al estudio de la Prehistoria*. Madrid: Guadarrama.
- APOSTEL, L. (1982): Las ciencias humanas: muestras de relaciones interdisciplinarias. (L. Apostel et al. (1982[1983]): 71-164.
- APOSTEL, L. ET AL. (1982): *Interdisciplinarité et sciences humaines*. Paris: UNESCO [Trad. esp. *Interdisciplinarietà y ciencias humanas*. Madrid: Tecnos, 1983].
- ARGELES, T.; BONET, A.; CLEMENTE, I.; ESTÉVEZ J.; GIBAJA, J.; LUMBRERAS, L. G.; PIQUE, R.; RIOS, M.; TAULE, M. A.; TAULE, X.; VILÀ, A.; WÜNSCH, G. (1995): Teoría para una praxis. Splendor "realitatis". 1º Congreso de Arqueología Peninsular, Actas, vol. V. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, XXXV, 1: 501- 507.
- BALIBAR, E. (1973): Sur la dialectique historique. *La Pensée*, 170: 27-47.
- BARRIO, C. (1992): Química estructural: Génesis, presupuestos y reconstrucción histórica. *El Basilisco*, 13: 59-73.
- BATE, L. F. (1977): *Arqueología y materialismo histórico*. México: Ediciones de Cultura Popular.
- BAYARD, D. T. (1983): Science, theory, and reality in the 'New Archaeology'. *American Antiquity*, 34-4: 376-384.
- BIAGI, P. (1980): *Archeologia preistorica. Metodologia della ricerca*. Brescia: EINAP.
- BIETTI, A.; BIETTI SESTIERI, A. M. (1985): Problemi di teoria e di metodo in archeologia preistorica. *Studi di Paleontologia in onore di Salvatore M. Puglisi*, Roma: 13-29.
- BINFORD, L. R. (1983): *Working at Archaeology*. New York: Academic Press.
- BOTTOMORE, T. (1982): Introducción. (L. Apostel et al.): 11-20.
- BREZILLON, M. (1969): *Dictionnaire de la préhistoire*. Paris: Larousse.
- BUENO, G. (1978a): Reliquias y relatos: Construcción del concepto de "Historia fenoménica". *El Basilisco*, 1: 5-16.
- BUENO, G. (1978b): En torno al concepto de "Ciencias Humanas". La distinción entre metodologías α -operatorias y β -operatorias. *El Basilisco*, 2: 12-46.
- BUENO, G. (1982): El cierre categorial aplicado a las ciencias físico-químicas. *Actas del I Congreso de Teoría y Metodología de las Ciencias*, Oviedo: 101-164.
- BUENO, G. (1987): *Etnología y utopía*. (reed. revisada). Valencia: Júcar.
- BULKIN, V. A.; KLEIN, L. S.; LEBEDEV, G. S. (1983): Attainments and problems of Soviet archaeology. *World Archaeology*, 13 (3): 272-295.
- BUNGE, M. (1973): *La investigación científica. Su estrategia y su filosofía*. Barcelona: Ariel (3ª ed.).
- BUNGE, M. (1983): *Treatise on Basic Philosophy*, vol. 6. Dordrecht: D. Reidel Publ.
- BUNGE, M. (1985): *Seudociencia e ideología*. Madrid: Alianza.
- CASTRO, P.; LULL, V.; MICO, R. (1993): Arqueología: algo más que Tafonomía. *Procesos Postdeposicionales (= Arqueología Espacial, 16-17): 19-28*.
- CLARK, J. G. D. (1960): *Archaeology and Society*. Norwich: Jarroll & Sons (1ªed. paperb.).
- CLARK, J. G. D. (1980): *World Prehistory and Natural Science*. Historisk-filosofiske Meddelelser, 50, Kobenhavn: Det Kongelige Danske Videnskaberne Selskab/Munksgaard.
- CLARKE, D. L. (1968): *Analytical Archaeology*. London: Methuen.
- CRIBADO BOADO, F. (1988): ¿Qué es un arqueólogo? ¿Qué es la Arqueología? *Revista de Arqueología*, 82 (Febrero): 5-7.
- CURTI, S. (1985): Archeologia e Filosofia: realtà e prospettive», *Studi di Paleontologia in onore di Salvatore M. Puglisi*, Roma: 31-36.
- CHARD, CH. S. (1969): *Man in Prehistory*. New York: McGraw Hill [Trad. esp.: *El hombre en la prehistoria*. Estella: Verbo Divino. 1984].
- CHILDE, V. G. (1958a): *The Prehistory of European Society*. Harmondsworth: Penguin Books.
- CHILDE, V. G. (1958b): Valediction. *Bulletin of the Institute of Archaeology*, I: 1-8.
- CHILDE, V. G. (1959): Prehistory. *Encyclopaedia of the Social Sciences*, New-York: 316-318.
- CHROPOVSKY, B. (1987): Archaeology as History. *Slovenská Archeológia*, XXXV (2): 245-250
- DANIEL, G. (1962): *The Idea of Prehistory*. London: C. A. Watts.
- DE ALEJANDRO, J. M.^a (1969): *Gnoseología*. Madrid: B.A.C.
- DE LAET, S. J. (1978): L'archéologie et la préhistoire. *Tendances principales de la recherche dans les sciences sociales et humaines*, 2 (J. Havet, dir.), Paris, Unesco [Trad. esp.: *Corrientes de la investigación en las ciencias sociales*, 2. Madrid: Tec-

- nos, 1981: 233-292].
- DUNNELL, R. C. (1971): *Systematics in Prehistory*. New York: Free Press [Trad. esp.: *Prehistoria Moderna. Introducción sistemática a la Arqueología Prehistórica*. Madrid: Istmo, 1977].
- EGGERT, K. H. (1976): On the Interrelationship of Prehistoric Archaeology and Cultural Anthropology. *Prähistorische Zeitschrift*, 51-1: 56-60.
- ESTANY, A. (1993): El *Conductismo* y la *Nueva Arqueología*: dos revoluciones metodológicas bajo los auspicios del positivismo. *Actas del I Congreso de la Sociedad de Lógica, Metodología y Filosofía de la Ciencia en España*, Madrid: 328-331.
- ESTÉVEZ, J.; GASULL, P.; LULL, V.; SANAHUJA, E.; VILÀ, A. (1984a): L'Arqueologia com a arqueologia. *L'Avenç*, 73: 75-80.
- ESTÉVEZ, J.; GASULL, P.; LULL, V.; SANAHUJA, E.; VILÀ, A. (1984b): Arqueología como Arqueología. Propuesta para una terminología operativa. *Primeras Jornadas. Soria 1981*: 21-28.
- FEINBERG, G. (1985): *Solid Clues*. New York: Simon & Schuster [Trad. esp.: *Claves ciertas*. Barcelona: Salvat, 1986].
- FERNÁNDEZ, T. R. (1976): Cierre categorial. *Diccionario de Filosofía Contemporánea* (M. A. Quintanilla, dir.). Salamanca: 82-87.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M. (1989): *Teoría y método de la Arqueología*. Madrid: Síntesis.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1984): Arqueología Prehistórica y estructura científica. *Primeras Jornadas. Soria 1981*: 11-20.
- FODOR, J. A. (1974): Special sciences (or: the disunity of Science as working hypothesis). *Synthese*, 28: 97-115.
- FREDRICH, K. (1981): *Begriffsbildung und Begriffsanwendung in der Vor- und Frühgeschichte. Zur logischen Analyse archäologischer Aussagen*, Arbeiten zur Urgeschichte des Menschen, 5, Frankfurt.
- GARANGER, J. (1980): Tradition orale et préhistoire en Oceanic. (Schnapp 1980): 187-205.
- GIBBON, G. (1989): *Explanation in Archaeology*. Oxford: Blackwell.
- GILMAN GUILLÉN, A. (1993): Cambio cultural y contacto en la prehistoria de la Europa Mediterránea. *Trabajos de Prehistoria*, 50: 103-111.
- GODELIER, M. (1965): Objet et méthodes de l'anthropologie économique. *L'Homme*, V (2): 32-91.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P.; LULL, V.; RISCH, R. (1992): *Arqueología de Europa, 2250 - 1200 A.C. Una introducción a la «Edad del Bronce»*. Madrid: Crítica.
- GRANGER, G. G. (1967): Epistémologie économique. *Logique et connaissance scientifique* (=Enciclopédie de la Pléiade, vol. XXII) (J. Piaget, ed.). Paris: 1018-1055.
- GUIDI, A. (1988): *Storia della Paleontologia*. Roma-Bari: Laterza.
- GULIARV, V. I. (1990): La Arqueología Teórica en la U.R.S.S. *Teoría y Práctica de la Prehistoria: Perspectivas desde los Extremos de Europa*. (M. I. Martínez Navarrete, ed.), Santander: 333-345.
- HAWKES, J. (1968): The Proper study of Mankind. *Antiquity*, XLII: 255-262.
- HERNANDO GONZALO, A. (1988): Los estudios prehistóricos: evolución y perspectivas. *Métodos y tendencias*: 49-56.
- JAKOBSON, R.; HALLE, M. (1956): *Fundamentals of language*. The Hague: Mouton [Trad. esp. *Fundamentos del lenguaje*. Madrid: Ayuso, 1974].
- JORGE, V. O. (1987): *Projectar o passado. Ensaio sobre Arqueologia e Pré-historia*. Lisboa: Presença.
- KLEJN, L. S. (1980): Panorama de l'archéologie théorique. (Schnapp 1980): 263-303.
- KLEJN, L. S. (1993a): To separate a centaur: on the relationship of archaeology and history in Soviet tradition. *Antiquity*, 67-255: 339-348.
- KLEJN, L. S. (1993b): *Fenomen sovietskoj arjeologii*. San Petersburgo [Trad. esp.: *La arqueología soviética*. Barcelona: Crítica 1993].
- KLEJN, L. S. (1993c): Is German Archaeology Atheoretical? Comments on Georg Kossack. Prehistoric Archaeology in Germany: Its History and Current Situation. *Norwegian Archaeological Review*, 26 (1): 49-54.
- KOLPAKOV, E. (1993): The End of Theoretical Archaeology? A Glance from the East. *Norwegian Archaeological Review*, 26 (2): 107-115.
- KRISTIANSEN, K. (1993): Exploring the limits: an interview with Leo Klejn. *Journal of European Archaeology*, 1: 184-194.
- KUHN, T. S. (1977): *The Essential Tension*. Chicago: Chicago University Press [Trad. esp.: *La Tensión esencial*. México-Madrid-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica 1982].
- KULA, W. (1950): *Problemy i metody gospoderczej*. Warszawa: PWN [Trad. esp.: *Problemas y métodos de la historia económica*. Barcelona: Península, 1973].
- KURNATOWSKI, S. (1975): Criteria of effectiveness of archaeological field research works in the light of settlement analysis. *Archaeologia Polona*, XVI: 127-145.
- LAMING EMPERAIRH, A. (1963): *L'Archéologie Préhistorique*. Paris: Ed. du Seuil.
- LEROI GOURHAN, A. (1974): Les voies de l'histoire avant l'écriture. *Faire de l'Histoire. I. Nouveaux*

- problèmes* (J. Le Goff y P. Nora), París: 93-105.
- LULL, V. (1988): Hacia una teoría de la representación en arqueología. *Revista de Occidente*, 81: 62-76.
- MANHEIM, K. (1953): *Essays on Sociology and Social Psychology*. London: Routledge [Trad. esp.: *Ensayos sobre Sociología y Psicología Social*. México: FCE, 1963].
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M. I. (1989): *Una revisión crítica de la prehistoria española. La Edad del Bronce como paradigma*. Madrid: Siglo Veintiuno de España.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M. I. (1990): La Prehistoria española en los últimos cincuenta años; teoría y práctica prehistórica. *Hispania*, 175: 439-457.
- MAUSS, M. (1967): *Manuel d'Ethnographie*. París: Payot.
- MERRILL, F. E. (1961): *Society and Culture. An Introduction to Sociology*. Englewood Cliffs: Prentice Hall [Trad. esp.: *Introducción a la Sociología*. Madrid: Aguilar, 1967].
- Métodos y Tendencias* (1988): *Métodos y Tendencias actuales en la investigación geográfica e histórica. Actas de las Jornadas de Madrid (23-27 de marzo de 1987)*. Madrid: Universidad Complutense.
- MOULINES, C. U. (1991): *Pluralidad y recursión. Estudios epistemológicos*. Madrid: Alianza.
- NARR, K. J. (1975): Archäologie und Vorgeschichte. *Sowjetsystem und Demokratische. Geschichte*, 1 (C. D. Kernig, ed.) Francfort [Trad. esp. «Arqueología y prehistoria», en *Marxismo y Democracia*. Historia, 1, Madrid: Rioducro, 1975: 90-105].
- NEUSTUPNY, E. (1993): *Archaeological Method*. Cambridge: University Press.
- OLARIA PUYOLES, C. (1991): La Prehistoria como ciencia social a través del renovador concepto de Arqueología. *Millars. Geografía e Historia*, XIV: 120-135.
- ONRUBIA PINTADO, J. (1988): Prehistoria y Etnoarqueología: elementos para una reflexión epistemológica. *Métodos y Tendencias*: 5-73.
- PATRIK, L. E. (1985): Is There an Archaeological Record? *Advances in Archaeological Method and Theory*, 8: 27-62.
- PEREIRA MENAUT, G. (1978): Alguns problemas de la investigación en història antiga. *Fonaments*, 1: 43-62.
- PIGGOTT, S. (1965): *Ancient Europe from the beginnings of Agriculture to Classical Antiquity*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- POPPER, K. R. (1983): *Realism and the Aim of Science. From the Postscript to the Logic of Scientific Discovery*. London: Hutchinson [Trad. esp.: *Realismo y el objetivo de la ciencia*. Madrid: Tecnos, 1985].
- PRESCOTT, C. (1994): Paradigm Gained-Paradigm Lost? 150 Years of Norwegian Bronze Age Research. *Norwegian Archaeological Review*, 27 (2): 87-109.
- Primeras Jornadas. Soria 1981* (1984): *Primeras Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica. Soria 1981*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- QUINTANILLA, M. A. (1976): *Ideología y Ciencia*. Valencia: F. Torres.
- RAHTZ, P. (1985): *Invitation to Archaeology*. Oxford: Blackwell.
- RATHJE, W. L.; SCHIFFER, M. B. (1982): *Archaeology*. San Diego: Harcourt Brace Jovanovic.
- REICHENBACH, H. (1929): *Ziele und Wege der physikalischen Erkenntnis*. Berlin: Springer [Trad. esp.: *Objetivos y métodos del conocimiento físico*. México: El Colegio de México 1945].
- REDMAN, C. L. (1973): *Research and Theory in current Archaeology*. New York: J. Wiley & Sons.
- ROE, D. (1970): *Prehistory*. London: Macmillan.
- ROUSE, I. (1972): *Introduction to Prehistory. A Systematic Approach*. New York: McGraw Hill [Trad. esp.: *Introducción a la Prehistoria. Un enfoque sistemático*. Barcelona: Bellaterra, 1973].
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M.^a L. (1988): *Prehistoria de España*. Madrid: Anaya.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1991): Teoría y método en Arqueología. *XX Congreso Nacional de Arqueología (Santander 1989)*, Zaragoza: 11-21.
- SACRISTÁN LUZÓN, M. (1964): *Introducción a la lógica y al análisis formal*. Barcelona: Ariel.
- SANCTIS, R. DE; FINIS, G. DE (1988): Cofin Renfrew: En busca de una arqueología científica. *Revista de Occidente*, 81: 77-96.
- SCHNAPP, A. (ed.) (1980): *L'Archéologie aujourd'hui*. París: Hachette.
- SELINGE, K. G. (1987): On the prerequisites and needs of archaeological source criticism. *Theoretical Approaches to Artefacts, Settlement and Society. Studies in honour of Mats P. Malmer*, 1, B.A.R. Int. Series 366 (I), Oxford: 27-42.
- SHEPHERD, G. M. (1983): *Neurobiology*. Oxford: Oxford UP [Trad. esp.: *Neurobiología*. Barcelona: Labor, 1985].
- SMIRNOV, S. N. (1982): La aproximación interdisciplinaria en la ciencia de hoy. (Apostel et al. 1982): 53-70.
- SNODGRASS, A. M. (1983): *Archaeology. Sources for Ancient History* (M. Crawford, ed.), Cambridge: 137-184.

- SNODGRASS, A. M. (1987): *An Archaeology of Greece*. Berkeley: University of California Press [Trad. esp.: *Arqueología de Grecia*. Barcelona: Crítica, 1990].
- STERUD, G. (1973): A paradigmatic view of prehistory. *The Explanation of Culture Change: Models in Prehistory* (A. C. Renfrew, ed.), London: 3-17.
- SUPPES, P. (1988): *Estudios de filosofía y metodología de la Ciencia*. Madrid: Alianza.
- THUILLIER, P. (1972): *Jeux et enjeux de la science*. Paris: R. Laffont [Trad. esp.: *La manipulación de la ciencia*. Madrid: Fundamentos, 1975].
- TORELLI, M. (1993): Arqueología, rito y mito: una lectura arqueológica de los procesos de formación urbana. *Revista de Occidente*, 143: 5-26
- TOULMIN, S. (1972): *Human Understanding. Vol. I: The Collective Use and Evolution of Concepts*. Princeton: Princeton University Press [Trad. esp.: *La comprensión humana. I. El uso colectivo y la evolución de los conceptos*. Madrid: Alianza, 1977].
- TRIGGER, B. T. (1978): *Time and Traditions: Essays in Archaeological Interpretation*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- TRIGGER, B. T. (1989): *A History of Archaeological Thought*. Cambridge: Cambridge University Press [Trad. esp.: *Historia del pensamiento arqueológico*. Barcelona: Crítica, 1982].
- TRUBETZKOY, N. S. (1958): *Grundzüge der Phonologie*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht [Trad. esp.: *Principios de Fonología*, Madrid: Cincel, 1973].
- VAN STEENBERGHER, F. (1947): *Epistémologie*. Louvain: Institut Supérieur de Philosophie [Trad. esp.: *Epistemología*. Madrid: Gredos, 1962, 2ª ed.].
- VICENT GARCÍA, J. M. (1982): Las tendencias metodológicas en Prehistoria. *Trabajos de Prehistoria*, 39: 9-53.
- VICENT GARCÍA, J. M. (1984): Fundamentos para una investigación epistemológica sobre la Prehistoria. *Primeras Jornadas. Soria 1981*: 71-87.
- VICENT GARCÍA, J. M. (1985): Un concepto de metodología. Hacia una definición epistemológica de Prehistoria y Arqueología. *Actas de las II Jornadas de Metodología y didáctica de la Historia. Prehistoria y Arqueología*, Cáceres: 55-72.
- VILA, A.; ESTÉVEZ, J. (1989): "Sola ante el peligro": La Arqueología ante las ciencias auxiliares. *Archivo Español de Arqueología*, 62: 272-278.
- VILAR, P. (1980): *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. Barcelona, Crítica.
- WATERBOLK, H. T. (1974): L'Archéologie en Europe. une réaction contre la "New Archaeology". *Helinium*, XIV: 135-162.